
Montevideo
(Uruguay)
Spanish
10 articles
18 photos
COMENTARIO
FEBRERO 1959 -
— N.º 44

Hay rasgos humanos que reflejan claramente el alma. Su mirada era clara y bondadosa, y, como señaló una vez Walt Whitman, había en ella un hálito de tristeza.

UNA FIGURA UNIVERSAL

ABRAHAM Lincoln es, sin duda alguna, una figura universal. Sucede con él lo que con otros grandes hombres que, siendo típicamente representativos de sus pueblos y de su época, pertenecen en cambio a todas las naciones y a todos los tiempos por la trascendencia extraordinaria de su obra, henchida de una significación que por fuerza escapa de los estrechos límites de una región del planeta o de un momento dado de la Historia.

Cien por ciento norteamericana, al punto de constituir la más pura expresión, quizá, del estadounidense del siglo pasado, su personalidad es, sin embargo, internacional. Amó profundamente a su patria y luchó, con una tenacidad, una fe y un denuedo que conmueven, por mantener su unidad y ganar los beneficios de la libertad para todos sus hijos. Pero siempre latió en su corazón y en su mente la idea de que los Estados Unidos debían demostrar al mundo que "el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo", como él definía a la democracia, tenía todas las cualidades para resultar victorioso sobre la faz de la tierra.

Por sobre los fines concretos que Lincoln perseguía, — la conservación de la unidad nacional y la emancipación de los esclavos —, flotaba señero el pensamiento supremo de ofrecer a las naciones del orbe un claro ejemplo de que la democracia y la libertad eran capaces de resistir las más severas pruebas y salir airosas de los mayores peligros para servir de estímulo a los pueblos que confiaran en sus méritos.

Tuvo, pues, su afán un inequívoco sentido de mensaje, que, en el empeño contra las sombras de la opresión y el despotismo, animó a los espíritus libres del siglo XIX y que sigue teniendo para nosotros, en esta época tan importante desde el punto de vista histórico, plena vigencia.

En el centésimo quincuagésimo aniversario del nacimiento de quien con tanta humildad llevó tanta grandeza en su alma y cumplió obra tan trascendente, COMENTARIO dedica todas sus páginas a recordar distintos aspectos de su personalidad y su vida, que, por sus virtudes, han calado hondo, desde hace mucho tiempo, en el corazón de los hombres de todas las latitudes.

COMENTARIO

REVISTA MENSUAL, PUBLICADA POR EL SERVICIO DE INFORMACION DE LOS ESTADOS UNIDOS. PARAGUAY, 1321. TEL: 9 09 07. MONTEVIDEO - URUGUAY

FEBRERO 1959 — N.º 44

NUMERO ESPECIAL
150.º Aniversario del Nacimiento de Abraham Lincoln

S U M A R I O — Pág.

Carátula:

Retrato de Abraham Lincoln pintado por J. Redding Kelly en 1926.



Carátula Posterior:

La casa de Lincoln en Knob Creek, Kentucky (reconstrucción). En 1811 Thomas Lincoln, su mujer y sus hijos —Sarah y Abraham— se mudaron de Nolin Creek a otra granja situada a poco más de dieciseis kilómetros de distancia. Aquí la familia Lincoln vivió cinco años.

SINTESIS BIOGRAFICA

DE Abraham Lincoln se ha dicho que fue la figura más representativa del norteamericano del siglo pasado. Y habiendo sido expresión tan genuina de su pueblo y de su época, adquirió relieve universal por su devoción pura y auténtica a los principios de la democracia y la libertad.

Nació el 12 de febrero de 1809 en una humilde cabaña del condado de Hardin, en el estado de Kentucky, siendo hijo de Thomas Lincoln, agricultor, y Nancy Hanks. Abe, como lo llamaban, tenía una hermana, Sarah, dos años mayor que él y fallecida en 1821, y un hermano, Thomas, que murió siendo niño.

Cuando tenía siete años, su familia se trasladó al condado de Spencer, en Indiana. En 1818 falleció su madre, y al año siguiente su padre contrajo segundas nupcias con Sarah Bush Johnston. En 1828 y 1831 hizo dos viajes en chalana hasta Nueva Orleans, a lo largo de los ríos Ohio, Illinois y Misisipí, que se recuerdan por la influencia que ejercieron en su ánimo.

En 1830 los Lincoln se trasladaron al condado de Macon, en Illinois, donde Abe trabajó como leñador. Y en 1831 se mudaron al condado de Coles. En la población de New Salem, Abraham Lincoln se dedicó a la política presentando su candidatura a una banca en la Asamblea General de Illinois y perdiendo en esta primera instancia. A partir de 1834, ganó, sin embargo, cuatro elecciones realizadas con el mismo objeto. Se alistó en la milicia, en 1832, para participar en la guerra contra los indios Black Hawk. En New Salem dirigió una tienda, se dedicó a la mensura de tierras y fue también encargado del correo.

En 1837 se recibió de abogado y pasó a integrar un bufete en Springfield. Fue elector presidencial cuatro veces entre 1839 y 1856. Fracasó en su intento de ser proclamado candidato a representante en 1843 pero tres años después fue electo para ocupar una banca en el Congreso. Se opuso a la guerra contra México. Renunció a ingresar a la Legislatura de Illinois a fin de presentar su candidatura al Senado, pero fue derrotado en 1855. En la primera convención republicana, efectuada en 1856, se propuso sin éxito su nombre para vicepresidente.

En 1858 Lincoln contaba con el apoyo de los republicanos para ir al Senado, pero fue derrotado por el demócrata Stephen A. Douglas, que sostenía la ley Kansas-Nebraska, a la cual, como a todo lo que supusiera la posibilidad de extender la esclavitud, se oponía Lincoln. Ambos hombres públicos sostuvieron históricos debates sobre el tema en distintas ciudades, en medio de la expectativa general.

En 1860 el partido republicano proclamó a Lincoln candidato a la presidencia, en la convención de Chicago, con un programa de acción antiesclavista. Sus oponentes eran: Stephen A. Douglas, demócrata norteño; John C. Breckenridge, demócrata sureño, esclavista; y John Bell, del partido de la unión constitucional. Triunfó Lincoln.

La asunción del mando se efectuó el 4 de marzo de 1861. Pero la guerra civil estaba en puertas. Las fuerzas del Sur atacaron el Fuerte Sumter entre el 12 y el 14 de abril, y el bastión tuvo que rendirse. El presidente Lincoln llamó a las armas para enfrentar la situación. El 22 de setiembre de 1862, cinco días después de la batalla de Antietam, anunció que los esclavos del territorio rebelde serían libres a partir del primero de enero de 1863, fecha de la proclama de emancipación. De ese mismo año se recuerda su famoso discurso u oración en el cementerio de Gettysburg, notable expresión de elocuencia y patriotismo.

En 1864 Lincoln fue reelecto, siendo su adversario el general McClellan, demócrata. El jefe militar del Sur, general Lee, se rindió el 9 de abril de 1865 y cinco días después, el 14, el presidente fue atacado a tiros por el actor John Wilkes Booth en el Teatro Ford de la ciudad de Washington, falleciendo al día siguiente.

LA GRANDEZA DE LINCOLN
Según el Presidente Eisenhower

NO hay nada en la vida de Lincoln, ni en sus escritos, que nos induzca a pensar que él mismo se creyese o confesase ser una fuente de autoridad. Era, en verdad, dirigente vigoroso y con la habilidad necesaria para encauzar los acontecimientos; pero no aspiraba de ninguna manera a apropiarse de esa autoridad para así dominar por medio de ella a los demás. Cumplió su cometido en beneficio de su pueblo y esto, para mí, es la verdadera esencia de la libertad...

Es natural que cuando se hable de hombre tan preclaro y sobresaliente se nos venga a la mente este pensamiento: "Está bien; ¿pero qué tenemos que ver con esto ya que nosotros no somos ningunos Lincoln?". Sin embargo, los principios que guiaron su vida, así como su fe en la libertad se demuestran en su inmortal decreto de emancipación de los esclavos, que, en su tiempo, llegó a considerarse anticonstitucional. Su pasión por la libertad de pensamiento, de culto, de acción, de oportunidad, es la virtud que cada uno de nosotros podemos emular y, aún más, es la virtud que **debemos** emular si es que deseamos conservar para nosotros las oportunidades que observé en mi niñez y que estoy seguro que todos vosotros observáis hoy a vuestro derredor.

(Tomado de un discurso pronunciado en el Primer Foro sobre la Democracia del Columbia College, Universidad de Columbia el 12 de febrero de 1949. El Presidente Eisenhower era a la sazón Presidente de esa institución).

* * *

Abraham Lincoln me ha parecido siempre que representa lo mejor de los Estados Unidos, en términos de las oportunidades que éstos ofrecen así como de la disposición de sus ciudadanos para elevar y exaltar a todos aquellos que se conducen con rectitud y cuyas vidas son ejemplos de integridad y consagración a su patria...

Lincoln fue un gran director. Me agradaría recordaros los métodos de que se valía para dirigir. Vosotros no encontraréis ningún caso en que se haya presentado en público para injuriar a alguno de sus conciudadanos. No encontraréis ningún caso en que hubiese golpeado la mesa con el puño o adoptado una actitud dictatorial o arbitraria. Antes por el contrario, las cualidades que mostraba y ejercía eran de indulgencia en extremo y, sobre todo, de paciencia...

Su actuación directiva se debió a su consagración a un solo principio, que fue el de la conservación de la Unión. Comprendía muy a fondo los grandes valores humanos que nos unen a todos como pueblo, a Georgia con Nueva York, a Massachusetts con Texas, a California con la Florida. Sabía que existían influencias decisivas en acción, pero sabía también, que éstas eran transitorias por naturaleza. Esas influencias ardían pero su combustible pronto se consumiría. Los verdaderos valores de los Estados Unidos, a su manera de pensar, eran estables y nos mantendrían unidos y es así que mantuvo su paciencia. Era indulgente. Era comprensivo. Por eso vive hoy día en nuestros corazones como uno de los más grandes hombres que ha producido la raza de habla inglesa...

(De un discurso pronunciado el 23 de abril de 1954 en la tradicional cabaña de madera donde nació Lincoln, en Hodgenville, Kentucky).

En esta cabaña del condado de Hardin, estado de Kentucky, nació Lincoln el 12 de febrero de 1809.



LINCOLN Hombre de Ayer, de Hoy y de Mañana

Por
CARL SANDBURG

En el mundo literario de los Estados Unidos, Carl Sandburg es una figura notable como poeta, novelista y biógrafo. Su fama se inició en 1915 con la aparición de su colección poética "Chicago Poems". Es autor de una biografía de Abraham Lincoln, en seis tomos y de otras obras sobre Lincoln y su época. En 1940 se le otorgó el Premio Pulitzer por su obra "History in 1940", y en 1951 fue laureado con el mismo premio por su obra "Poetry in 1951".

En qué consiste la esencia y la médula, brevemente, de lo que podemos aprender acerca de la vida y la personalidad de Abraham Lincoln? ¿Qué haría Lincoln hoy, si viviera? Se ha proyectado una imagen de Lincoln que nos lo presenta como el hombre que nunca hizo algo malo ni jamás erró en sus decisiones; que siempre tenía la razón y era perfecto en las ideas, en los sentimientos y en el conocimiento íntimo y reflexivo de las cosas. Tal fue la impresión que adquirí de Lincoln cuando yo era niño. Sentado en su despacho concebía lo que habría de proponer, de palabra o por escrito, y sus decisiones eran siempre las correctas, ya dijera que sí, o ya dijera que no. Más tarde me cercioré de cuán equivocadas eran mis impresiones infantiles. Comprendí la existencia de una infinidad de asuntos y problemas que ni Lincoln ni estadista alguno de la época hubiera podido resolver de manera definitiva con arreglo a tal o cual procedimiento. Se le llegó a conocer por sus decisiones y actos súbitos y emocionantes, y en ciertos sectores de la opinión pública adquirió la reputación de indeciso e irresoluto, y para describirle se prefería el vocablo "vacilación".

Pero cuadra mejor para describir sus momentos de indecisión e inactividad el término "conveniencia". Sin embargo, este término no es enteramente exacto, pues hubo ocasiones en que el gabinete rechazó por mayoría la acción que él propusiera, es decir, se opuso a lo que Lincoln consideraba una acción oportuna o conveniente.

Ya a principios de 1864 las personas de mucha importancia en Washington, Nueva York, Boston y en ciudades del Oeste, consideraban a Lincoln políticamente fracasado, terminado y muerto, por lo cual no volvería a ser electo.

Asimismo, muchas figuras importantes de su propio partido, en Washington, le creían equivocado, a principios de aquel año. Ningún senador le mencionaba como digno de la reeleción.

Había en aquel Senado, teniendo en cuenta las limitaciones generales, algunos hombres de magnífica reputación. Pero en el Capitolio de la nación la opinión general coincidía con la del corresponsal del "Detroit Free Press", en Washington: "No es posible nombrar un solo senador que favorezca la nueva proclamación de Lincoln para presidente". El senador por Illinois, Lyman Trumbull, siempre sensible a las tendencias de la política, escribió lo siguiente a un amigo, en febrero de 1864: "El sentimiento a favor de la reelección del Sr. Lincoln **parece** muy general, pero he descubierto que en gran parte no pasa de ser superficial. Al conversar con los hombres públicos, uno se sorprende, cuando penetra sus verdaderos sentimientos, cuán pocos son los que favorecen la reelección de Lincoln. Existe la desconfianza y el temor de que Lincoln sea demasiado vacilante e incapacitado No le extrañe de que se produzca una reacción antes de las nominaciones en favor de algún hombre que se suponga dotado de más energía".

Este comentario benevolente lo hizo un político y estadista sumamente recatado de Illinois, estado natal de Lincoln. Lo que otros senadores del propio partido de Lincoln decían y escribían no era be-

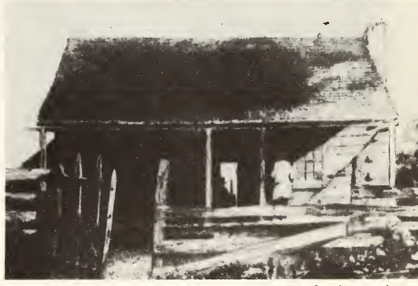
nevolente ni recatado. Así estaba el sentimiento en el Senado. ¿Y qué ocurría en la Cámara de Representantes? Allí, sólo un representante levantó la voz para decir que Lincoln era digno de mantenerse en la Casa Blanca.

El director de un periódico de Pensilvania, que se encontraba de visita en Washington, le dijo a Thaddeus Stevens, presidente del Comité de Arbitros y jefe político del partido republicano: "Preséntame a algún miembro del Congreso que favorezca la renominación de Lincoln". Stevens se dirigió con el director al escaño de Isaac N. Arnold, de Chicago, diciéndole: "He aquí el único a quien conozco y he venido a presentarle mi amigo". "Gracias", replicó Arnold. "Conozco a muchos y les presentaré su amigo a ellos, y quisiera tenerle a Ud., señor Stevens, con nosotros. En esta forma el pundonoroso Arnold dejó constancia del incidente. Los otros amigos de Lincoln en el Congreso a quienes Arnold aludió no fueron mencionados por su nombre ni sus deseos de mantener a Lincoln como presidente llegaron a materializarse en forma de discursos.

Sin embargo, Lincoln tenía una fuerza oculta entre los políticos y gente llana de todo el país. Estas personas le conquistaron la proclamación para la presidencia; pero la perspectiva para dar fin a la guerra era tan sombría en el verano de 1864 que se produjo un movimiento en el National Union Party, (Partido de la Unión Nacional), para reemplazar a Lincoln por otro candidato. El propio Lincoln escribió un memorándum en agosto en el que decía que la próxima elección de noviembre parecía perdida. Cuando Sherman tomó Atlanta y Sheridan arrojó al enemi-



A los 6 años de edad el pequeño Abe iba a esta humilde escuelita de Knob Creek, Kentucky.



La casa de Lincoln en Pigeon Creek, en el condado de Perry (hoy de Spencer), en Indiana.



En 1865, poco después del asesinato del gran hombre, fue tomada esta fotografía de su casa de Springfield, Illinois, en la que se notan algunas colgaduras en señal de duelo.

go fuera del Valle del Shenandoah, la Unión despertó y Lincoln triunfó en noviembre.

Alguien pudiera preguntar: ¿"Para qué desenterrar datos desagradables como éstos?" A lo cual pudiéramos contestar: No podemos fijarnos en la vida amarga y dura de Lincoln como presidente sin sentirnos incómodos. Vivió en constante quebranto y trabajo, horas de tormento y agonía .Los alaridos y la furia con que fue recibida la proclama preliminar de emancipación a fines de septiembre de 1862 se produjeron mientras Lincoln expresaba su recta manera de pensar. Lo expresado por él pudiera aplicarse a la pregunta descuidada y fácil que la gente hace: "¿Qué haría Lincoln hoy, si viviese?. Lincoln dejó en su escritorio lo que había escrito, pues no era para publicarse. Su secretario, John Hay, sacó una copia y la dió a la publicidad 30 años más tarde:

"La voluntad de Dios se impone. En las grandes contiendas cada participante alega actuar conforme a la voluntad de Dios. Ambos pudieran estar equivocados y uno tiene que estarlo. Dios no puede estar a favor y en contra de la misma cosa al mismo tiempo. En la actual guerra civil es muy posible que el propósito de Dios sea algo distinto del propósito de uno u otro contendiente; y, sin embargo, los instrumentos humanos, funcionando a su manera, son los más adaptables para llevar a cabo su propósito. Me siento inclinado a decir que esto parece cierto; que Dios desea esta contienda y que desea que no termine todavía. Por Su mero poder imperceptible sobre el alma de los contendientes, El hubiera podido salvar o destruir la Unión sin la lucha humana. Sin embargo, la lucha comenzó y, habiendo comenzado, El podría darle la victoria a uno de los contendientes. Sin embargo, la lucha continúa".

El gran poeta norteamericano, Walt Whitman, veía en Lincoln "la figura más grandiosa en el lienzo apiñado del drama del siglo diecinueve". Lo admirable de una figura tan polifacética no es posible expresarlo en sólo algunas palabras aunque sean bien escogidas. Joaquín Nabuco, embajador del Brasil en los Estados Unidos, dijo lo siguiente en un discurso pronunciado con motivo de celebrarse el centésimo aniversario del nacimiento de Lincoln: "Con la velocidad mayor de los cambios modernos, no sabemos lo que será el mundo de aquí a cien años. Pero ciertamente, los ideales de la generación del año 2.000 no serán los mismos que los de la generación del año 1900. Las naciones se regirán, entonces, por corrientes de ideas políticas que no podemos prever, ni más ni menos que el siglo diecisiete no podía prever las corrientes, políticas del dieciocho, que en cierto modo todavía ejercen influencia sobre nosotros. Pero ya sean el espíritu de la autoridad, o el de la libertad, la leyenda de Lincoln parecerá siempre más luminosa en la amalgama de los siglos, porque él fue la encarnación suprema de esos dos espíritus".

¿Era Lincoln un autoritario que se movía hacia el totalitarismo en la primavera de 1861 cuando asumió los poderes de dictador? Empezó una guerra sin autorización del Congreso, declaró un bloqueo, usó las tropas para sofocar una insurrección, tomó para uso inmediato millones de dólares del Tesoro de los Estados Unidos, sin la debida asignación autorizada por el Congreso. Y su convocatoria al Congreso para que se reuniese y ratificase estos actos arbitrarios suyos mencionaba la fecha del 4 de julio, para la cual faltaban varios meses.

Cuando se atacaron acerbamente sus poderes para hacer estas cosas, él preguntó si tenía que ceñirse estrictamente a la Constitución mientras trataba de salvar el gobierno cuyo instrumento escrito era la Constitución. Era una época de confusión y en cierta ocasión dijo a su secretario, John Hay: "Mi política consiste en no tener política".

Este mismo punto de vista se desprendía de una carta a un hombre de Kentucky, que se dió a la publicidad en abril de 1864. Sorprendió a muchos lectores por la confesión que en ella se hacía. "No alego haber dominado la situación, pero confieso francamente que la situación me ha dominado a mí". ¿Se trata, pues, de una falta de política? Precisamente, eso era lo que él decía. Excepto en el único problema de salvar la Unión y no extender la esclavitud, Lincoln carecía de una política fija de importancia.

Luego Lincoln vio a su propio partido dividirse en cuanto a qué hacer con la esclavitud. Los moderados se dividían entre los que, como Lincoln, favorecían la compra de los esclavos por el gobierno, para ponerlos en libertad, y los que creían que esto no era práctico. Los radicales se dividían entre los abolicionistas que, como Wendell Phillips y Charles Sumner, pidieron la proclama de la emancipación tan pronto como empezó la guerra, y los que, como William Lloyd Garrison y Harriet Beecher Stowe, favorecían la transición gradual y segura. Había en el país secciones y facciones que debían siempre tenerse en cuenta en lo pertinente a principios, cargos y nombramientos, y la

gente se tiraba de los pelos cuando no conseguían lo deseado. Había camarillas e individuos que querían contratos, subsidios y favores especiales. Algunos querían los billetes de banco, otros el "dinero contante y sonante". Los bloques de las tarifas, la banca y el ferrocarril del Pacífico no cesaban de adelantar sus objetivos particulares y sus intereses especiales.

Lincoln tenía que componérselas en este caos de ideas en conflicto. Todos los días le compelían a tomar una decisión. Y cuando se le compelía a tomar estas decisiones, ¿tenía él la facultad de escoger entre lo bueno, por una parte, y lo malo, por la otra? Difícilmente. Día tras día y hora tras hora tenía que escoger entre lo que era bueno y malo, por una parte, y lo que era, por la otra, malo y bueno. A veces, al tomar una decisión, admitía que era errónea, en parte; pero era lo mejor que podía hacer. Para esto tenía una explicación. Señalaba lo que quería hacer, que era perfectamente correcto, y luego demostraba que lo perfectamente correcto no era práctico: el resultado sería peor que otro recurso que él llamaba "conveniente".

El mantenimiento de la Unión era el único problema de mayor importancia en el cual juzgaba que su causa era completamente justa, así como política y conveniente. Sobre el otro problema de mayor importancia ¿qué hizo Lincoln que fuera más bien "conveniente" que correcto? Veamos su proclama de Emancipación. Afirma francamente que Lincoln la promulga por "necesidad militar". Quiere decir que los ejércitos de la Unión triunfarán pronto si se pone en la libertad a los esclavos. Por supuesto, Lincoln dijo más tarde que él creía que la esclavitud era una injusticia. El creía en la libertad para el esclavo que se vendía y compraba como ganado y se tasaba para fines contributivos al igual que los bovinos y las ovejas. Pero creyó que no podía decir eso en la



Foto actual de la casa de Springfield, conservada como monumento histórico por el gobierno de Illinois.



Una calle de Springfield, Illinois, en 1837, época en que llegó Lincoln a dicha ciudad en la que ejerció largo tiempo la abogacía.

proclama de emancipación. En ella, dijo que se les daba la libertad "como un acto de justicia garantizado por la Constitución, gracias a una necesidad militar".

¿Quería esto decir que Lincoln les daba la libertad a todos los esclavos en todos los estados esclavistas? No. En los estados mencionados en la proclama de emancipación no aparecían los estados llamados fronterizos. En los estados de Missouri, Kentucky, Delaware, y Maryland, ¿se declaró libres a los esclavos? No. Esos estados no eran secesionistas, no se hallaban "en rebelión', según la frase de Lincoln. ¿Declaró a todos los esclavos, en los estados secesionistas, libres para siempre? No, hizo ciertas excepciones. Exceptuó 13 parroquias del Estado de Louisiana, inclusive la ciudad de Nueva Orleans. Allí los esclavos no fueron declarados libres. Igualmente, en siete condados y dos ciudades del Estado de Virginia, inclusive los 48 condados esclavistas de West Virginia, los esclavos no fueron declarados libres. Fueron exceptuados también.

Por supuesto, Lincoln tenía razones, —argumentos que hoy parecen buenos—, para hacer lo que era conveniente más bien que justo. Si Lincoln viviera y estuviera en la palestra haría lo conveniente más bien que lo justo. De otro modo, se derrumbaría políticamente y sería echado a un lado, lo cual no le ocurrió mientras vivía. El misterio de la justicia, confundido con las realidades, trasciende en la siguiente expresión desdeñosa de Horace Mann para Samuel J. May: "Detesto su doctrina de que deberíamos pensar sólo en lo justo y no en lo conveniente", a la cual May replicó: "Y yo detesto su doctrina de que deberíamos pensar en lo conveniente y no sólo en lo justo".

No era sólo día tras día, sino mes tras mes, y año tras año, que los dos diarios principales y más leídos del país cuestionaban el curso de la acción o la inacción de Lincoln. Estos diarios eran "The New York Herald", conservador y enemigo de los abolicionistas, y "The New York Tribune", radical y antiesclavista. El "Herald" alegaba casi siempre que Lincoln iba demasiado lejos, mientras el "Tribune" censuraba a Lincoln por no ir bastante lejos. El "Herald" deseaba, ya a principios de 1864, ver a Grant nominado para presidente, en vez de Lincoln. El "Tribune" mencionó a varios candidatos a quienes consideraba mejores que Lincoln y expresó que otro hombre debiera ser proclamado candidato por respeto al "saludable principio del período único".

Asimismo, día tras día Lincoln servía de blanco a la calumnia, escándalo, falsa representación, vituperio, mentiras, rumores falsos, verdades a medias, insinuaciones, libelo y caricaturas de la prensa libre que le odiaba y detestaba sus maneras. Le acosaban con ello. El lo tomaba con humildad y lo soportaba con paciencia. Le causaba risa y alegría a veces cuando la mentira era de tal naturaleza que no podía pasar. Sufría y se desesperaba cuando sabía que ello perjudicaba su causa y la de los jóvenes que habían respondido a su llamada a las filas. En tal estado de ánimo se encontraba en Filalelfia, durante la apertura de una Feria Sanitaria, en abril de 1864, cuando dijo que "Es difícil en estos tiempos decir algo que se considere cuerdo". Mucho de lo expresado por él había sido tergiversado para presentar algo distinto de lo que él quería decir. Centenares de personas y otros tantos periódicos usaban reiteradamente la palabra "imbécil" para describir su administración.

Cuando una autoridad militar, sin el consentimiento de Lincoln, clausuró un periódico traicionero, dirigido por un hombre neurótico, en Chicago, que más tarde fue declarado "demente" por un jurado, Lincoln nada dijo y nada hizo. Pero cuando algunos amigos de Lincoln, de ánimo sereno, también de Chicago, le pidieron que revocara la orden militar y permitiera la publicación del periódico nuevamente, Lincoln expidió la orden y el diario volvió a publicarse para continuar su campaña sediciosa y dar lecciones de traición. Cuando la misma autoridad militar detuvo a un congresista de Ohio, bajo la acusación de sostener y ayudar al enemigo, Lincoln dijo que lo hubiera hecho de manera distinta si se le hubiera consultado y más tarde ordenó que se enviara al agitador traicionero a las líneas del ejército confederado, "desterrándole" de Ohio y de los Estados Unidos de América. Antes y después de cada uno de estos actos, los adversarios políticos de Lincoln lo tildaron de "'tirano", "déspota", "dictador" e "imbécil". Cuando el "New York World". el periódico principal, partidario del Partido Demócrata, publicó una proclama derrotista, espuria y falsificada, como si fuera firmada por el presidente, el secretario de Estado, Wililam H. Seward, dijo que como diario, el periódico se había publicado "por un minuto más de la cuenta". El secretario de Guerra, Stanton, preparó la orden para suprimirlo y Lincoln la firmó. El periódico fue clausurado, sus prensas se detuvieron, y no podía imprimirse ni venderse por-

que las tropas federales se habían posesionado de los talleres. Más tarde, Lincoln expidió una nueva orden y "The New York World" volvió a imprimirse, ahito de denuncias contra el presidente.

Gran publicidad se le dió a la corta pregunta de Lincoln: ¿He de hacer fusilar a un soldado ignorante, desertor del ejército, 'mientras no puedo tocarle un pelo al artero agitador que le incita a desertar? Esta es una pregunta terrible que lleva en sí la respuesta. Estaba en el alma de algunos hombres que se sumaron al populacho que destrozó o incendió los talleres de una decena de diarios y semanarios sin que fueran castigados por las autoridades locales o federales.

Un político y soldado de Illinois que venía observando a Lincoln por varios años creía que la clave para comprenderle y penetrar sus recursos como estadista era una corta conversación que Lincoln había tenido con John M. Palmer, soldado valiente y probado, de Illinois, afiliado al Partido Demócrata.

Palmer encontró a Lincoln cuando le afeitaban y éste le dijo. "Venga, Palmer, no se achique. Ud. es de la familia. Puedo afeitarme delante de Ud. aunque no delante de aquellos otros, y tengo que sacar tiempo para hacerlo". Hablaron de política y Palmer, finalmente, se expresó en tono franco y jovial. "Señor Lincoln, si alguien me hubiera dicho que en una gran crisis como ésta la gente iría a un pueblo de poca monta para escoger a un abogado de poco fuste como candidato para presidente, no lo habría creído". Lincoln se volvió en la silla, con la cara aun enjabonada y la toalla bajo el mentón. Palmer creyó al principio que el presidente estaba airado.

Haciendo a un lado al barbero, Lincoln se inclinó hacia adelante y le dió una palmada a Palmer en la rodilla mientras le decía, "Tampoco yo lo hubiera creído; pero era una época en que un hombre de política fija hubiera sido fatal para el país. Yo nunca la tuve y sencillamente traté de hacer lo que me parecía mejor de día en día".

Hubo muchos habladores y escritores necios en la generación de Lincoln. Se dejaban llevar por la corriente. Se divertían y daban rienda suelta a sus pasiones y odio. Hoy día sus palabras nos parecen patéticas o ridículas. Quien lea el "Congressional Globe" del 1860 y años siguientes se asombrará de que tantos congresistas desconocieran que el curso de la historia se determinaba entonces. Nos apena que tuvieran lenguas tan viperinas y de que se preocupasen tan poco de cómo se juzgaría lo que decían, en el futuro.

Lincoln era uno de los pocos que se preocupaba intensamente de lo que decía o escribía. Podía ser armonioso en la elocución, pero a veces emplea circunloquios en tal forma que lo dicho resulta embrollado y desmañado. ¿Qué se propone? Circuscribe el terreno a lo que él afirma que sabe algo de seguro. Pone gran cuidado en no desorientar a nadie. Así que la gente de los diversos estados confiaban en él mientras el Senado y la Cámara, el "New York Herald", el "New York Tribune", y el "Times" desconfiaban. El presentía algo. La gente le tomaba como una nueva figura de esperanza para todos. Esta esperanza giraba alrededor de mayor libertad, tanto política como económica para el pueblo en general. Pudiera retardarse, pero Lincoln era el portador de esa antorcha de la esperanza.

El pueblo de ésta y muchas otras naciones toma hoy a Lincoln como pertenencia propia. Es posesión de todos. Para muchos, la palabra "libertad", o la palabra "democracia", es difícil de comprender. Y la Constitución. Por supuesto, sostenemos la Constitución, aunque no sepamos lo que significa y hemos conocido abogados que no saben lo que la Constitución significa, lo que se revela cuando arguyen y discuten su significado.

Pero Lincoln, por otra parte, es símbolo del decoro, la hornadez, la palabra llana y el buen humor. **Fijémonos en su origen. ¿No se nos conoce como luchadores y no fue él un luchador recio hasta el último momento de su vida?** Algo así dice la gente en el vencindario contiguo y allende los mares, en continentes lejanos. Hay infinidades de personas que toman a Lincoln como un tesoro personal. El tenía algo que ellas quisieran esparcir por todas partes en el mundo. ¿La democracia? No podemos decir exactamente lo que era, pero lo tenía. Lo llevaba en la sangre y en los huesos; lo llevaba en el aliento de sus discursos y sus escritos. ¿El gobierno del pueblo? ¿Las instituciones republicanas? ¿El gobierno en que el pueblo tiene la palabra y le dice al gobernante lo que quiere? El tenía la idea. Está ahí, en los destellos y penumbras de su personalidad, el misterio para ser vivido, pero jamás expresado enteramente por medio de la palabra .Un escritor de el "Spectator", de Londres, trató de analizar el mensaje de Lincoln al Congreso, de diciembre de 1862, y encontró que tenía "una ensoñación mística" y que "los pensamientos del hombre eran demasiado profundos para sus labios".

LINCOLN y el concepto de la Unión Norteamericana

por
DAVID M. POTTER

El autor, Catedrático de Historia de los Estados Unidos en la Universidad de Yale, ha publicado tres obras sobre Lincoln y su época.

AL cumplirse el CL aniversario de la muerte de Abraham Lincoln, su fama en los Estados Unidos es tan excelsa como la de otros norteamericanos notables. Lincoln tiene un templo en el corazón de sus compatriotas, como el hombre que salvó la Unión, libertó a los esclavos y fue ejemplo de las cualidades que le dan distinción al carácter del norteamericano, en su óptima expresión. Ha gozado, asimismo, de una elevada reputación fuera de su propio país, y aún antes de que los Estados Unidos adquiriesen importancia mundial, los relatos biográficos acerca de él habían sido publicados en más de 30 idiomas.

El prestigio mundial de Lincoln ha presentado siempre cierto elemento paradójico, porque en sus cualidades personales se distinguía más como norteamericano y se sentía menos en su elemento dentro de un ambiente cosmopolita o internacional que cualquier otro gobernante notable del país. Por el contrario, Jorge Washington, criado en la sociedad hidalga de los terratenientes de la Virginia colonial, se educó con arreglo a la usanza y normas de la nobleza de Inglaterra; Thomas Jefferson absorbió a una temprana edad las ideas de la Edad de la Razón; Woodrow Wilson se educó bajo la tutela de su madre, nacida en la Gran Bretaña, en una rectoría presbiteriana, en Georgia, en la que el ambiente parecía escocés más bien que local, en su influencia; y Franklin Delano Roosevelt era hijo de una familia patricia que iba de paseo todos los años a Europa y contrataba institutrices francesas y alemanas para el joven Franklin. Lincoln fue el único de estos hombres que jamás se ausentó del suelo patrio. En parangón con los demás, parece tan norteamericano como la cabaña rústica, en Kentucky, donde naciera. Su constitución de hombre alto y descarnado, típica del leñador, el acento y peculiaridad de su manera rústica de hablar, así como sus modales sencillos le señalaban como un producto del Oeste del país.

Sin embargo, teniendo en cuenta sus características especiales resulta un tanto singular que Lincoln hubiera llegado a ser el norteamericano más neto de las figuras notables del país, por su amplia visión. Había en él cierta cualidad de universalismo que trascendía la identidad nacional, lo que indujo a su biógrafo, Lord Charnwood, a decir: "Era ciudadano de ese lejano país donde no hay ni aristócratas ni demócratas".

La anomalía es de todo punto más notable porque, en términos de su importancia mundial, Lincoln no tenía interés directo en los asuntos de carácter internacional, como Jefferson, con la elevada doctrina de los derechos del hombre, o Wilson, con la Sociedad de las Naciones, o Franklin Roosevelt, con las Naciones Unidas. En efecto, Lincoln es, en primer lugar, un símbolo del nacionalismo norteamericano, porque él fue quien salvó la Unión de los Estados de la disolución, en la Guerra de Secesión, y él afirmó que la guerra se había librado para probar si "esta nación o cualquier otra nación... concebida en la libertad y consagrada al principio de que todos los hombres nacemos iguales... puede subsistir". En una era de consolidación nacional, en que Cavour formaba una nación de los estados italianos y Bismarck constituía una nación de los estados alemanes, Lincoln estructuraba también una nación de los estados norteamericanos. Un historiador de criterio literal podría fácilmente calificar a Lincoln como nacionalista y su misión, la de libertar los esclavos, podría interpretarse sencillamente como el medio hacia la finalidad de mantener la Unión nacional.

En términos de sus propias actividades y de lo que le interesaba, el problema de la Unión era lo supremo desde el momento en que llegó a la presidencia el 4 de marzo de 1861. El país se encontraba en medio de una crisis porque siete estados del Sur (a los que otros cuatro se sumaron más tarde), habían aprobado leyes de secesión, según alegaban, de la Unión, y habían formado la Confederación del Sur. Cuando Lincoln trató de mantener la autoridad nacional, con una guarnición en Fort Sumter, en el puerto de Charleston, South Carolina, ésta fue atacada y la guerra

comenzó. Lincoln era un hombre con un mínimo de espíritu bélico pero aceptó la guerra en beneficio de la Unión, y por espacio de cuatro años perseveró en el horrendo y agotador conflicto. Durante ese período subordinó su propia persona al propósito de conseguir la ayuda de todas las facciones que quisieran apoyar la Unión. Lincoln, más que nadie, se mantuvo firme ante las derrotas militares que a otros les hacían perder toda esperanza en la Unión. Hacia el fin, tomó la iniciativa al abogar por una paz generosa "sin malignidad contra nadie", porque sabía que al fin y al cabo el restablecimiento de la Unión dependía de que se volviese a contar con la lealtad de los Confederados después de su derrota y que el reconciliarles era tan importante como el derrotarles. Cuando fue asesinado en el Teatro Ford, el 14 de abril de 1865, la tragedia ocurrió en un momento culminante, porque el grueso del ejército Confederado, al mando del General Robert E. Lee, se había rendido sólo hacía cinco días y Lincoln, a sabiendas de que la Unión se había salvado, murió en el momento de lograr el objetivo supremo de su carrera.

En un mundo que ha llegado a temer la fuerza destructiva del nacionalismo moderno, sin embargo, no podríamos continuar tomando como prueba de la grandeza de Lincoln el hecho de que él formó una nación fuerte en la que pudieran haber existido dos países débiles. Tampoco sería prudente que fundáramos el reconocimiento mundial dado a Lincoln sencillamente en que él echara las bases de la actual grandeza política del "coloso norteamericano". El nacionalismo no es bastante, y si la única grandeza de Lincoln fuese su misión como el "Salvador de la Unión", su reputación mundial tendría que sufrir algún menoscabo, a pesar de haberse agrandado la influencia mundial de la Unión que él salvó.



En esta sala de la casa de Springfield, Lincoln recibió a la delegación que le comunicó su proclamación como candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

Sin embargo, el propio Lincoln se adelantaría a repudiar la idea de que lo único que le interesaba era el destino de la Unión norteamericana. Por supuesto, el salvar la Unión le sirvió de justificación para una de las guerras más cruentas libradas hasta entonces, y para él el mantenimiento de la Unión era esencial. "Mi objeto supremo en esta lucha", dijo, "consiste en salvar la Unión". Pero siendo la Unión un medio indispensable, no pasaba de ser sino un medio, y no constituía de por sí un objetivo. Porque la Unión era no sólo el instrumento de la nacionalidad norteamericana; era también el instrumento de la democracia del hombre, el instrumento de una democracia que no parecía enteramente segura en el mundo hace 90 años, al igual que parece muy insegura en la actualidad. Lincoln siempre tuvo el concepto de la nación norteamericana, no como algo que debía exaltarse o glorificarse en sí, sino como un medio para ampliar los valores humanos. Es, por cierto, notable que en su elocuente mensaje a la nación, el discurso de Gettysburg, no usara los términos "Estados Unidos", "América", "Americanismo", o ni siquiera "Unión". Por supuesto, habló de la nación que "nuestros padres fundaron", pero esta nación, en particular, estaba vinculada, en su concepto, con "cualquier otra nación así concebida y consagrada". Afirmó que el sacrificio de los que habían inmolado su vida podía justificar-

se si "esta nación, con la gracia de Dios, ha de tener una nueva aurora de libertad", pero este objetivo no se refería únicamente al de los Estados Unidos, y era importante porque significaría que el "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la Tierra".

Con insistente regularidad Lincoln repetía en sus discursos el concepto de que la patria no debía amarse por lo que representaba de por sí, sino más bien por los principios que sustentaba. Cuando Lincoln hizo el panegírico del senador Henry Clay, quien había servido también a la causa de la Unión, al ayudar a transigir tres cuestiones importantes entre el Norte y el Sur, atribuyó a Clay la misma clase de patriotismo que era muy del propio Lincoln. "Clay amó a su patria, en parte, porque era su propio país, y más que nada porque era un país libre... quería la libertad de sus compatriotas... y en especial, para probar al mundo que los hombres libres podían prosperar". Dijo, de la Guerra de Secesión, "que abarcaba algo más que el destino de estos Estados Unidos", y preocupaba "a toda la familia humana". La Unión parecía esencial a Lincoln, no porque con ella se mantenía la autoridad en Washington sino porque sobre "nosotros descansa la necesidad de probar que el gobierno del pueblo no es un absurdo".

Quizá nadie ha comprendido mejor la importancia del carácter universal de Lincoln que el Profesor James G. Randall, ya fallecido, quien profundizó el conciso concepto de que Lincoln identificó la causa de la Unión con la causa de la libertad. Lincoln aparece ante la historia como la figura norteamericana que sostiene una guerra por un objetivo político nacional; pero, en realidad, Lincoln se inclinaba más a pensar en términos del género humano que en el de sus compatriotas.

La evaluación realista de la importancia de Lincoln, siglo y medio después de su nacimiento, debería propiamente comenzar por el reconocimiento directo de que él se hallaba identificado con ideas que en el mundo moderno no se dejan ya pasar sin combatirlas. El creía en la nacionalidad, creía en la democracia, y creía también en algo que hoy día provoca escepticismo especial, es decir, que los Estados Unidos estaban consagrados a la misión de mantener la democracia para el mundo. No obstante, una vez que se aceptan estas verdades, debería aceptarse también que Lincoln concebía cada una de estas ideas trilladas en cierto modo que les restaba lo que tenían de comunes y las presentaba en una nueva perspectiva. El país era importante, no por lo que era en sí, sino como instrumento para fomentar valores en los cuales "toda la familia humana" pudiera participar.

La democracia no era un recurso infalible y seguro, por el cual la voluntad del pueblo daba expresión a la voluntad de Dios; en efecto, Lincoln conocía, por amarga experiencia, las limitaciones de la democracia, y debía casi todo su éxito a su habilidad suprema de saber trabajar dentro de estas limitaciones sin sentirse coartado por ellas. Su convicción no era una creencia ingenua en una panacea política, sino la fe templada y purificada, aunque fuese falible, de que gobernar

El dormitorio de Lincoln en la Casa Blanca.





El dibujo del papel que reviste la pared del dormitorio que ocupaba Lincoln en su residencia de Springfiled es igual al original, parte del cual se conserva bajo vidrio arriba de la cama. La cómoda que se ve al centro, así como la silla, que se halla en el rincón de la izquierda, pertenecieron a Lincoln. Otros muebles, no, aunque son de su tiempo. La casa ha sido restaurada por el gobierno de Illinois.

con el consentimiento del pueblo es mejor que gobernar sin su consentimiento. "Como no quisiera ser esclavo", decía Lincoln, "tampoco quisiera ser el amo". Si su credo político significa algo hoy día no es porque él rindiera culto a la democracia con ciega devoción, sino porque percibía todas las imperfecciones de la democracia y seguía creyendo en ella.

En una época en que numerosos antagonistas del gobierno popular en todo el mundo occidental mencionaban la disolución aparente de la Unión norteamericana como prueba de que la libertad no podía reconciliarse con la fuerza, y de que la democracia no podía subsistir en circunstancias adversas, Lincoln estaba profundamente convencido de que los Estados Unidos tenían que vindicar su fe y, así, dar testimonio de ello ante el mundo. No era ésta una misión de "Destino Manifiesto" para extender el territorio de la república o para imponer sus instituciones a otros países. Ni era una misión de proselitismo encaminada a extender el "estilo norteamericano de vida". Ni siquiera era una garantía de que los Estados Unidos hubieran perfeccionado la democracia como producto propio para la exportación. Más bien, era la convicción de que la humanidad arriesgaba mucho en los Estados Unidos y que los norteamericanos tenían en el mundo el supremo deber de buscar los medios para proteger lo que estaba en peligro. La cuestión final, según él la veía, no estribaba en que el mundo siguiera el ejemplo sentado por los Estados Unidos, sino en que éstos pudieran elevarse a la altura de sentar un ejemplo de valor para el mundo. Entre todos los apóstoles de la democracia, Lincoln tenía más interés en que sirviera de ejemplo y menos interés en propagarla.

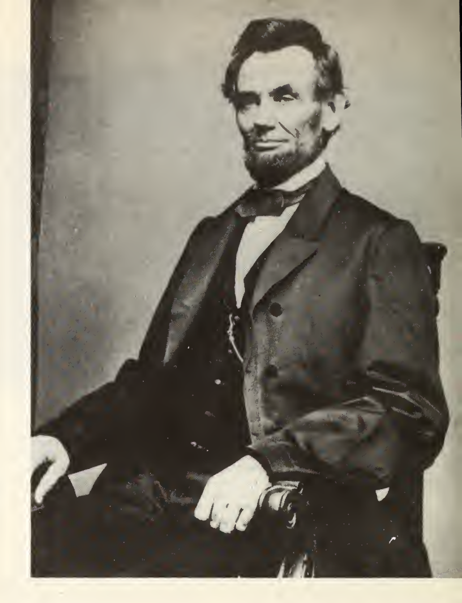
La personalidad de Lincoln se distingue en que siendo norteamericano, en el sentido puramente local, un simple leñador, habitante de los confines de la civilización, y abogado de la llanura agreste, sus cualidades norteamericanas acentuaban más bien que disminuían sus cualidades esenciales de hombre. En vez de alejarle de la gente de otros países, sus rasgos nacionales le hacían parecer más universal de lo que hubiera sido una figura más cosmopolita, porque sus rasgos daban contenido concreto y específico a sus cualidades universales. De ese modo, su nacionalismo hacía sus cualidades humanas menos abstractas y más tangibles.

La misma paradoja es aplicable a la misión pública de Lincoln como mantenedor de la Unión. Lo que buscaba para su propia patria trajo a luz sus ambiciones para "toda la familia humana", y fue esta dilatada ambición lo que definió su nacionalismo y no éste lo que definió esa ambición. Esta forma de nacionalismo le hizo más universal de lo que una figura internacional hubiera sido, ya que le daba también contenido concreto y específico a sus aspiraciones internacionales. Si la figura de Lincoln, que tan elevada parecía en el siglo XIX, continúa aumentando en el siglo XX, después de haberse disipado tanto de lo que pertenecía a su época, ello se debe a su habilidad singular de ennoblecer lo local infiltrándole valores universales, y de humanizar lo que era universal enriqueciéndolo con el sabor local y el tinte de la tierra en que naciera.

LINCOLN y los Derechos del Hombre

Por HARVEY WISH

El autor, profesor de historia en la Universidad Western Reserve, de Cleveland, Ohio, ha publicado "Society and Thought in America" (La Sociedad y las Ideas de los Estados Unidos) y "Contemporary America" (Los Estados Unidos Contemporáneos).



Retrato oficial del presidente Abraham Lincoln tomado por Mathew Brady en 1864.

EN los años de 1808 a 1809 dos familias de colonos de los bosques de Kentucky, que vivían a no más de 128 kilómetros de distancia una de otra, celebraron el nacimiento de dos niños que iban a estar relacionados trágicamente de manera irónica y extraña. El primero fue Jefferson Davis, cuya familia se estableció en el rico valle del Misisipí, adquirió vastas plantaciones y convirtióse en un grupo de ricos propietarios, dueños de esclavos. Davis llegó a ser presidente de los Estados Confederados de América, creados para sostener la esclavitud. El otro fue Abraham Lincoln, hijo de un pobre agricultor, que decidió salir de esa región donde existía la esclavitud, se trasladó a Indiana y luego a Illinois. El destino del joven Lincoln le llevó finalmente a la presidencia de la república para dirigir victoriosamente, desde la mansión ejecutiva, los ejércitos de la Unión contra los ejércitos de la Confederación de Davis, hasta que todos los Estados Unidos quedaron libres de la esclavitud.

Lincoln, como campesino común de Illinois, como dependiente y más tarde como abogado hecho a esfuerzo propio, probablemente no tuvo más de diez meses de escuela regular. Sin embargo, adquirió un estilo que ha hecho famosos sus escritos en la literatura de los Estados Unidos, y un profundo sentimiento de los males sociales y de la lucha universal por los derechos del hombre. No hay duda de que fue testigo de la esclavitud cuando bajó en un barco por el río Misisipí hasta Nueva Orleans y aun en su juventud, como representante a la legislatura de Illinois, luchó por la abolición y por la instrucción pública general como baluarte de la libertad e introdujo leyes para proteger a los agricultores pequeños de los prestamistas.

Jamás se reveló Lincoln como un radical inclinado a la

violencia. Al afirmar que el trabajo tiene todo los derechos sobre el capital, añadió siempre que el capital también tiene derecho a protección, pero que éste no tiene el derecho de **poseer** al trabajador como sucedía en la forma de la esclavitud. Además, creía firmemente en el ideal de los colonos, ideal de igualdad de oportunidades, y en una sociedad liberal. "No hay una clase permanente de trabajadores a sueldo entre nosotros", decía, "hace 25 años yo era empleado a sueldo. El trabajador de ayer trabaja hoy por su cuenta y empleará mañana a otros que trabajarán para él". Este ideal de pequeña empresa ha influido a los estadounidenses aún en el presente siglo XX de las grandes industrias, porque la sociedad y la oportunidad continúan siendo tan liberales como en los tiempos de Lincoln. Aunque era contemporáneo de Karl Marx, la idea de éste, de lucha implacable entre las diferentes clases sociales, era tan extraña para él como para sus contemporáneos.

Al principio su fama surgió de su sencilla elocuencia de hábil abogado capaz de entusiasmar al público y de ganarse la simpatía de jurados compuestos de simples agricultores. Sus vecinos tenían plena confianza en él. Cuando en ocasiones hablaba en público, abogaba por la justicia social. Censuró los violentos motines locales afirmando que la libertad debe "arrancarse de la dura piedra de la razón y combinar la inteligencia, la moral y un gran respeto a la Constitución y a las leyes del país". Un colega suyo recordaba años más tarde su actitud en aquellos debates: "Sus ojos grises chispeaban cuando hablaba contra la esclavitud, o se llenaban de esperanza y amor cuando hablaba de la libertad, de la justicia y del progreso de la humanidad".

Cuando la Gran Bretaña y Francia abolieron la esclavitud en sus colonias, este ejemplo causó mucho efecto en personas como Lincoln, opuestas a la esclavitud. Al ser elegido al Congreso de los Estados Unidos para el período de 1847 a 1849, se unió a sus correligionarios del partido Whig para combatir la extensión de la esclavitud al oeste del país. Siempre creyó que la guerra con México era meramente una conspiración de los dueños de esclavos para crear más estados esclavistas en el oeste. Así es que votó contra la guerra y votó, según dijo él mismo más tarde, como 40 veces en favor de la enmienda Wilmot, que prohibía la esclavitud en todo territorio adquirido de México.

Al regresar a Illinois, abrió de nuevo su bufete de abogado e ingresó al recién organizado Partido Republicano, que proclamaba la doctrina de Jefferson, de igualdad. No es nuestro propósito relatar aquí, de nuevo, la historia de la emancipación, pero es notable que Lincoln rehusara unirse a los abolicionistas izquierdistas, que exigían la abolición inmediata, sin importarles las consecuencias que pudiese traer. Como no era académico, se sentía perplejo ante los antropólogos, "hombres de ciencia" de su día, que afirmaban que los negros eran, por naturaleza, inferiores a los blancos. Mas ninguno le irritaba tanto como George Fitzhugh, abogado extremista de Virginia, que fue más allá de la esclavitud al atacar a la libertad en sí, afirmando: "La esclavitud, ya sea de negros o de blancos, es necesaria y justa", siguiendo las doctrinas racistas de un diplomático francés, el Conde José Arturo de Gobineau, en que se han apoyado más tarde los racistas modernos. La sociedad moderna, basada en la competencia, según Fitzhugh, era una nueva práctica que había ya fracasado, a juzgar por la explotación del trabajo en la Europa Ocidental y en los Estados Unidos y el surgimiento del socialismo era otra forma de coerción. "La esclavitud y la libertad" añadía Fitzhugh "no pueden existir ya juntas en la gran república de la cristiandad".

Este ataque contra los derechos del hombre hizo que Lincoln preparara uno de sus más famoso discursos políticos, el llamado discurso de "La Casa Dividida" que pronunció el 16 de junio de 1858:

"Una casa dividida por sí misma no puede sostenerse. Creo firmemente que este gobierno no puede sostenerse permanentemente mitad esclavo y mitad libre. No espero que la Unión se disuelva; no espero que la casa se derrumbe, pero sí espero que cese de estar dividida. Tendrá que ser totalmente una cosa u otra. O los que se oponen a la esclavitud impedirán que ésta se extienda, y que se limite a un lugar donde la opinión pública sepa que se extinguirá con el tiempo, o sus defensores la extenderán hasta que sea legal en todos los estados, los viejos y los nuevos; en el norte lo mismo que en el sur".

Este discurso de Lincoln significaba que creía en una democracia en la cual la opinión pública dominase, que tuviese una "idea central", como dijo él mismo, que se impusiese en la competencia de ideas. Esta idea central en nuestro gobierno ha sido la **igualdad entre los hombres**. "Y aunque la opinión pública se ha sometido pacientemente a la desigualdad como necesidad, su constante labor ha te-

nido progreso continuo hacia la igualdad práctica de todos los hombres".

Así manifestó clara su fe en que la incompatibilidad básica entre la libertad y la esclavitud, en una tierra que tenía una opinión pública libre, podría ser resuelta por el mismo progreso pacífico de la sociedad libre. Desgraciadamente, el Sur secesionista, temeroso siempre de las luchas raciales que podían surgir de las presiones antiesclavistas, optó por la guerra civil.

En los años antes de la guerra, los emigrantes que llegaban a estas playas eran tan numerosos que despertaron el temor de aquéllos que pensaban que los extranjeros llegasen a dominar. Una sociedad secreta, **The American Party**, luchó por reducir el poder político de los nuevos ciudadanos aumentando el período para naturalizarse. Lincoln censuró a los miembros de su partido que ingresaron al otro y censuró la parcialidad contra los inmigrantes. Como presidente, pidió también al Congreso que liberalizara su política de inmigración. Elogió la aportación de cada grupo de población y pidió que se restringiera solamente a los enemigos de la humanidad.

En 1848, cuando se desencadenaron las revoluciones en Europa, dirigió reuniones políticas para expresar su simpatía por los liberales del 48. Hizo aprobar resoluciones que elogiaban la causa de Louis Kossuth y de los patriotas húngaros por la libertad. Cuando el mundo entero se conmovió con el ataque de las fuerzas de la Rusia imperial, que suprimió la libertad de Hungría, Lincoln logró una enérgica protesta pública censurando la acción de Rusia y predicando la resistencia. Cuando el patriota húngaro visitó los Estados Unidos y fue recibido con grandes demostraciones de afecto en las ciudades, Lincoln compartió el entusiasmo general que despertaban Kossuth y la lucha de Hungría.

Como presidente, Lincoln se encontró frente a frente con la realidad brutal de la guerra, a la que siempre había censurado como algo que despertaba los peores instintos de la humanidad: el engaño, el rencor y la crueldad. Pero no vió otra alternativa que resistir a los estados esclavistas y, a pesar del horror de una guerra civil, en la que el enemigo se encuentra a veces dentro de las propias filas, pudo mantener en alto grado las libertades civiles de tiempos de paz.

Nunca sintió odio hacia el Sur; solamente hacia la esclavitud. Un colega suyo dijo más tarde: "Ciertamente, Lincoln no sabía odiar. Nunca juzgó a otro de acuerdo con sus propios gustos o disgustos personales... Aun si alguien lo calumniaba y le trataba mal, si consideraba que era el mejor candidato para un cargo, le nombraba tal como si se tratara de un amigo".

Durante la guerra, según lo demuestran innumerables anécdotas, demostró tanta compasión por los combatientes de la Confederación como por los de la Unión. Una vez, en una de sus numerosas visitas a los hospitales militares, un soldado enemigo que agonizaba le llamó, evidentemente para burlarse de él, por ser el que los del Sur consideraban como el hombre más feo del mundo. Lincoln se acercó, le escuchó pacientemente, le preguntó por su familia, y amigos y permaneció con él hasta que expiró. El soldado de la Confederación murió en paz, evidentemente cautivado por este hombre tan humano.

Lincoln aceptó la necesidad de enviar ejércitos al combate aunque su aversión a la guerra no le impidió actuar como gran presidente de tiempos de guerra y llevar su causa al triunfo final. Se cuentan muchas anécdotas de que intervino para salvar a numerosos prisioneros de ser condenados a muerte por consejos de guerra; de sus esfuerzos heroicos y su paciencia para dedicar mucho de su precioso tiempo a escuchar innumerables madres, esposas y a otros que pedían la vida de sus seres queridos. Una vez dijo a su socio: "Apartaos, Swett, mañana es día de matanza y quiero examinar estos papeles a ver si puedo encontrar alguna excusa para perdonar a esos hombres". El secretario de Guerra, Stanton, no gustaba mucho de la frecuencia con que Lincoln ejercía su facultad de perdonar, sin embargo los biógrafos más recientes de Lincoln encuentran que ejerció juicio cuidadoso y prudente, no mero sentimentalismo. Sin embargo, su sufrimiento personal fue inmenso.

Sus críticos afirmaban que Lincoln era demasiado generoso al dar libertad a los prisioneros que estaban dispuestos a prestar juramento de lealtad siempre que sus casos demostrasen que se podía confiar en ellos. Intervino para proteger a soldados negros de las filas de la Unión, a los cuales sus dueños del Sur se negaban a tratar como prisioneros de guerra cuando se les capturaba. "El vender o esclavizar a un prisionero de guerra a causa de su color, y sin que haya cometido un delito contra los usos de la guerra, es retroceder al barbarismo y cometer un crimen contra la civilización actual", decía Lincoln, y el Sur cedió en este punto.

Una vez logrado el triunfo, Lincoln estaba dispuesto a

ofrecer una paz generosa, permitiendo a los confederados regresar inmediatamente a sus casas, así como a impedir el castigo de sus dirigentes. "Nos complacería hasta que Jefferson Davis saliera del país" dijo a un amigo. Su gran bondad se revela en el final de su memorable discurso:

"Sin rencor hacia nadie, con caridad para todos, firmes en nuestro derecho conforme nos permite Dios ver cuál es nuestro derecho, esforcémonos en terminar la obra que hemos emprendido; curemos las heridas de la patria; cuidemos de aquéllos que cayeron en el combate, de sus viudas y de sus huérfanos; hagamos todo lo que esté de nuestra parte para concertar y mantener una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las demás naciones".

En diciembre de 1862, Lincoln firmó la famosa proclama de emancipación de los esclavos en todos los estados rebeldes mostrando así al mundo que el Norte luchaba no sólo por la Unión, sino por la libertad. La clase media y los trabajadores de todas partes se entusiasmaron con la proclama y declararon su solidaridad. En Inglaterra miles de trabajadores, muchos de los cuales estaban sin trabajo debido a que la Guerra de Secesión había suspendido la llegada de materias primas para sus fábricas, elogiaron, sin embargo, a Lincoln y a la Unión. Los trabajadores de Manchester declararon:

"Rendimos homenaje a vuestros estados libres como dichosa morada para millones de trabajadores, donde se hace honor a la industria... El limpiar esa terrible lacra de la historia de la civilización y de la cristiandad, la esclavitud, durante vuestra presidencia, hará que el nombre de



Mary Todd Lincoln, esposa de Abraham Lincoln, con el vestido de fiesta que usó en el baile realizado en honor del nuevo presidente de los Estados el 4 de marzo de 1861.

Abraham Lincoln sea venerado en la posteridad... Además, nuestros intereses son idénticos a los vuestros. Somos, en realidad un mismo pueblo, aunque en lugares aparte".

Lincoln contestó con gran comprensión:

"Conozco y deploro hondamente los sufrimientos que los trabajadores de Manchester y de toda Europa han tenido que sobrellevar en esta crisis... En estas circunstancias, considero que vuestras francas declaraciones sobre este asunto son prueba de sublime heroísmo cristiano que no ha sido sobrepasado en ninguna época ni en ningún país".

La importancia capital de esta lucha por la libertad fue tan bien comprendida en Europa como en los Estados Unidos.

Este mismo carácter universal de las ideas de Lincoln se ve claramente en su famoso discurso de Gettysburg donde dijo: "Nuestros antepasados establecieron en este continente una nación nueva, concebida en la libertad y dedicada al concepto de que se crea a todos los hombres iguales". También dijo que la Guerra de Secesión probaba que "esta nación, o cualquiera otra, concebida y dedicada de esa manera, podía perdurar". Exhortó a sus oyentes que todavía guardaban luto por la muerte de seres queridos a dedicarse a esta obra inconclusa de libertad a fin de que "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparezca de la tierra". Este fue un mensaje inmortal, que pudo haber sido expresado en 1959 lo mismo que en 1863.

Mientras dirigía la guerra por la libertad, que costó 600 mil bajas en ambos campos, Lincoln mejoró en el país los intereses de todas las clases. Instó al Congreso de los Estados Unidos a que cumpliese su promesa de "dar tierras a los que no las tenían", diciendo: "Se debe dar tierra a todo hombre que la necesite, la desee, y pueda cultivarla". Se dio buena acogida a los inmigrantes, se ofreció eximirlos del servicio militar, aunque muchos se alistaron como voluntarios para la guerra por la libertad.

Una hábil estratagema diplomática de Lincoln fue la de nombrar al eminente Anson Burlingame, de gran ilustración, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en China, país que estaba entonces en peligro de desintegrarse. Tanto éxito tuvo Burlingame en llevar a efecto la política anticolonialista y antiimperialista del gobierno de Lincoln, que los chinos tomaron la decisión sin precedentes de nombrar al mismo Burlingame su embajador en los Estados Unidos después de la muerte de Lincoln.

La obra de Lincoln en defensa de los derechos del hombre se había extendido, pues, por toda la Tierra.

LINCOLN en el Drama, la Novela y la Poesía

Por
ROY P. BASLER

Director del Departamento de Referencias de la Biblioteca del Congreso, editor de "The Collected Works of Abraham Lincoln" (Nueve volúmenes, 1953). Ha escrito extensamente acerca de Lincoln.

LA producción literaria sobre Lincoln aumenta sin cesar. Desde 1860, año en que fue elegido por primera vez a la presidencia, hasta la fecha, no ha cesado por un momento. Sin embargo, en ocasiones ha sido tan abundante que demuestra la veneración un tanto exaltada de los escritores y del público hacia Lincoln. Hay que sorprenderse de la personalidad del hombre que ha originado tantas anécdotas, tantas conjeturas y tantas interpretaciones, lo mismo que del significado simbólico de la historia de Lincoln como leyenda nacional.

A pesar de las buenas intenciones de los biógrafos, los primeros años de la vida de Lincoln nunca fueron objeto de la atención debida hasta 50 años después de su muerte. Entonces el poeta Carl Sandburg se dió cuenta de lo que otros no habían comprendido: que el conocimiento de los primeros años de Lincoln se basaba principalmente en ideas del pueblo, en anécdotas y detalles narrados por algunos que le conocieron, que si se les fuera a creer, todos, o casi todos podrían presentar un cuadro típico de la vida libre de la colonización del oeste de los Estados Unidos.

La reputación y la idea general acerca de Lincoln se han arraigado por otras formas de literatura además de la biografía y la historia. Los poetas de todo el país elogiaron en sus versos al presidente mártir después de su muerte; probablemente nadie más, excepto Napoleón, ha sido objeto de tantos poemas, buenos y malos, como Lincoln.

Los poemas más grandes acerca de Lincoln son aún los que fueron escritos por sus contemporáneos: "When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd", de Walt Whitman; "El Mártir", de Herman Melville, y "Commemoration Ode" de James Russell Lowell; pero en los últimos años varios poetas contemporáneos han escrito algunos de sus mejores poemas acerca de él; notables entre éstos: "The Master", de Edwin Arlington Robinson; "Lincoln, the Man of the People", de Edwin Markham; "Lincoln", de John Gould Fletcher; " Abraham Lincoln Walks at Midnight", de Vachel Lindsay y "The Long Shadow of Lincoln", de Carl Sandburg.

Los novelistas tardaron más en descubrir a Lincoln que los poetas, y no es, por lo tanto, el protagonista de ninguna gran novela, aunque la novela biográfica de Irving Stone, "Love is Eternal" (1954), es mejor que la mayoría de las buenas novelas de cualquier otro género.

En cuanto a obras teatrales, pocas sobre la vida de Lincoln han sido de gran valor; sin embargo, "Abraham Lincoln", de John Drinkwater (1919), y "Abe Lincoln in Illinois", de Robert E. Sherwood (1939), son excepcionalmente buenas, a pesar de exagerar este último erradamente la falta de ambición de Lincoln y del papel que hace desempeñar a su esposa, Mary Todd Lincoln, como la que le espoleaba para hacerle entrar en acción.

A sus contemporáneos parecía demasiada la distancia entre el hombre que nació en una cabaña de madera en un bosque y el presidente Lincoln, venerado como mártir nacional en 1865. Aún muchos de sus amigos creían que el desgarbado abogado de Illinois era bastante mediocre, cuando fue postulado para la presidencia en 1860, pero la mayoría lo elogió cinco años más tarde como el estadounidense más representativo.

Hubo solamente dos clases de personas que nunca pudie-

ron comprender a Lincoln: las que juzgaban enteramente por las pautas aceptadas de familia y de educación superficial y las que estaban amargadas por odios políticos o cegadas por el egoísmo y por sus propias opiniones. Sin embargo, la falta de prejuicio y la lectura cuidadosa de sus discursos y escritos, capacitaron a los grandes contemporáneos de Lincoln en el campo de las letras: Ralph Waldo Emerson, James Russell Lowell, Charles Elliot Norton, John Lothrop Motley y otros, para percibir el genio notable de Lincoln, aún antes que sus amigos íntimos y sus colegas políticos.

El concepto de Lincoln como hombre ordinario que alcanzó grandeza intelectual solamente en cinco años de lucha no puede subsistir. Era inevitable que Lincoln cambiara y creciera en estatura debido a ellos, mas los elementos esenciales de su grandeza, que fueron generalmente reconocidos después de su muerte, y su veneración como mártir, existían en Lincoln, como lo demuestran sus discursos y escritos antes de 1860.

Las relaciones de los primeros años de Lincoln se componían de dos clases: fantasía y tradición. El ciclo de anécdotas acerca de sus padres, Thomas Lincoln y Nancy Hanks, pasan por muchas fases raras y a veces contradictorias. Nancy Hanks y el niño Abraham han pasado a ser pura leyenda.

No hay acuerdo general en cuanto al aspecto físico de la madre de Lincoln, ni aún entre los que aseguraban que la conocieron. Las manifestaciones atribuídas a Lincoln: "Todo lo que soy o espero ser lo debo a mi angelical madre", son el punto sobresaliente de la leyenda de Nancy Hanks, perpetuada en poesías y narraciones. Su padre vivió demasiado para tener una leyenda sentimental. Aparentemente era hombre igual a la mayoría de sus vecinos, sin gran ambición, pero con buena reputación de entereza y moralidad.

La base histórica para el elemento de amor romántico en la leyenda de Lincoln casi no existe, pero en el romance con Ann Rutledge hay suficiente material novelesco para suplir la falta de hechos. Era inevitable que surgiera esta historia romántica precisamente por la falta de romanticismo en el propio Lincoln. La afectuosa y fructífera relación doméstica entre Lincoln y su esposa, Mary Todd, era común y enfadosa a veces, como es bien sabido.

Así, pues, lo que fue, en realidad, un pequeño y temprano noviazgo, sin consecuencias, entre Lincoln, que entonces contaba 25 años de edad, y una joven de New Salem que murió de fiebres, fue exagerado hasta llegar a ser un episodio que presentaba a Ann como el único amor de Lincoln y cuya muerte le dejó sumido para siempre en una extraña melancolía. Todas las indicaciones son de que, a pesar de haber sido descartada de las biografías serias, esta leyenda jamás desaparecerá de las obras populares sobre Lincoln.

En la noche del viernes 14 de abril de 1865, cuando John Wilkes Booth, se introdujo en el palco presidencial del Teatro Ford, de Washington, y asesinó a Lincoln, creyó haber llevado a cabo una venganza justa en el hombre que según su desequilibrio mental parecía ser el monstruo responsable de todo el mal y la ruina que había arrasado al Sur; pero lo que hizo fue mucho más, pues dio al mundo un mártir y un santo de lo que hasta entonces sólo había sido un hombre.

La leyenda del hachero, del chalanero, del cuentista, fue descartada. La interpretación popular religiosa fue entonces que Lincoln murió como redentor de la nación, casi como un Cristo. Aunque se sabía que Lincoln nunca perteneció a iglesia alguna, en sus obras y escritos hay muchas pruebas de su fe en Dios y aún de su convicción de que era enviado directo de Dios.

Hasta este punto Lincoln no está fuera de lugar en la leyenda de profeta, santo y mártir, pero cuando la leyenda exagera el elemento de lo sobrenatural se hace ridícula. Lincoln había pronosticado en sus primeros discursos reformas como la prohibición, los derechos de la mujer y el fin de la esclavitud, pero lo mismo habían dicho también muchos otros oradores cuyos nombres han sido olvidados.

Es verdad que Lincoln tuvo tres sueños o visiones que presagiaron su muerte, fenómeno psicológico no poco común, pero muy apropiado para una leyenda. De todos modos y como quiera que se interpreten estas señales "místicas" que tanto tienen de leyenda, es muy justo que el monumento de Lincoln en Washington tenga la forma de templo dedicado a un profeta, salvador y mártir y que la gran estatua allí colocada presente a un Lincoln pensativo, místico, especie de semidios caviloso, pues Lincoln, en realidad, era, a la vez que místico, hombre muy práctico.

Aún si todas las circunstancias y sucesos que le colocaron a esa altura se descartaran, y si los intérpretes políticos de Lincoln resultasen errados, todavía las palabras de su discurso al tomar posesión de la presidencia por segunda vez, reproducido en las paredes del monumento, son

como una profecía poética y su autor parece como aliado de Dios.

Los dos grandes triunfos de Lincoln más ensalzados en prosa y verso desde pocos meses después de su muerte, fueron la proclama de emancipación y la conservación de la Unión. El primero es símbolo perenne, el corolario en la leyenda del profeta y mártir. En los Estados Unidos el elogio al emancipador es igual al dedicado al salvador de la Unión. En el exterior, la figura de emancipador empequeñece a todas las demás, excepto una, como símbolo de individualismo y de democracia.

Aunque Lincoln tenía el convencimiento, desde temprana edad, de que la esclavitud era vil desde el punto de vista de la moral, no tenía el celo de fanático para abolirla que ardía en muchos jóvenes de Nueva Inglaterra. En 1855 ya la odiaba. Repetidas veces trató de que se aprobaran leyes en favor de la emancipación gradual y de compensar adecuadamente a los dueños de esclavos. En relación con estos planes Lincoln propuso un sistema de colonización en otros países para los negros liberados.

Muchos contemporáneos censuraron la proclama de emancipación porque se limitaba a los estados en rebeldía y no tenía efecto inmediato en los estados esclavistas leales a la Unión, pero no podía tener efecto en los estados separatistas hasta que los ejércitos de la Unión lograran el triunfo definitivo, que parecía muy distante en setiembre de 1862, cuando se expidió la proclama. Por esta razón algunos la tildaron de artificio y, sin embargo, llegó a ser "el acto principal del gobierno de Lincoln".

Alexander Stephens, vicepresidente de los Estados Confederados, dijo una vez que la Unión, con Lincoln, había llegado en sentimiento hasta "la sublimidad del misticismo religioso". Tal vez era así, pero Lincoln fue más práctico que místico, pues si se destruía la Unión, ni él ni nadie podía abolir la esclavitud en un futuro cercano.

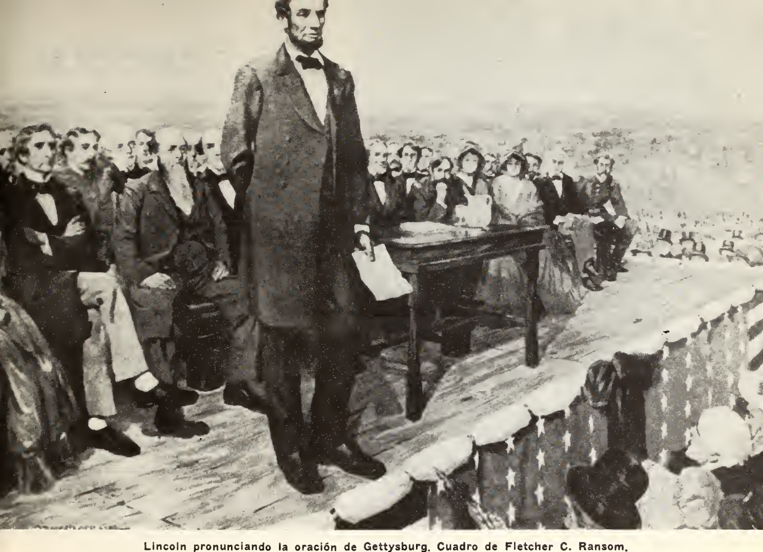
Al principio la fama de Lincoln creció, en primer lugar, con la propaganda política que se hizo de él, presentándolo como verdadero demócrata y norteamericano representativo. Las obras sobre Lincoln exaltaron este simbolismo y sembraron la idea de que Lincoln era un nuevo tipo de genio estadounidense, epítome del pueblo y héroe genuinamente popular. Pero sobre todo hubo el genio innegable de Lincoln, incontrovertiblemente demostrado en sus escritos y en sus actos, y que debe ser considerado como algo místico y exclusivamente norteamericano.

La historia y la literatura están más de acuerdo en la apreciación e interpretación de Lincoln que lo que se supone generalmente. Las bases para la apreciación de Lincoln varían a veces, pero las apreciaciones en sí, son casi iguales en sus términos generales. Los que estudian la historia de Lincoln están generalmente de acuerdo en que fue el hombre grande de su época.

A pesar de la monumental obra de Carl Sandburg, "Abraham Lincoln, the Prairie Years" (1926) y "Abraham Lincoln, the War Years" (1945); la erudita obra de James G. Randall en muchos volúmenes, "Lincoln the President" (1945-55) y el excelente volumen de Benjamin P. Thomas, "Abraham Lincoln" (1952) y otras, aún no hay biografía de Lincoln que pueda ser aceptada como cuadro definitivo de Lincoln como particular y como hombre público, pero el Lincoln que existe en el corazón estadounidense común no depende de la interpretación de los biógrafos, sino que se ha convertido en símbolo y mito aún más grandes que la realidad.

Lo notable del mito es que Lincoln era hombre digno de ser convertido en símbolo de justicia, de clemencia, de fortaleza espiritual e intelectual, o símbolo de la democracia y de la libertad. La tendencia a lo legendario en el pueblo de los Estados Unidos, le han envuelto en un manto de mitos mucho mayores que todos los hechos reales. Siguiendo a Shelley en su diferenciación entre la poesía y la historia, hay esta diferencia entre la historia y la leyenda, y es que la historia es una cronología de sucesos independientes que no tienen otra relación entre sí que el tiempo, el lugar, las circunstancias, la causa y el efecto, en tanto que la leyenda es la creación de sucesos según las formas inmutables de la naturaleza humana, según existen en la idea de los que la crean, lo que, en sí, es una imagen de todas las ideas.

Así, pues, en la leyenda de Abraham Lincoln, esta labor poética, ya sea del pueblo o del escritor, ha creado, en un período de historia, de imprentas y de métodos modernos de investigación, una leyenda que simboliza la aspiración de un pueblo a identidad nacional, a libertad basada en el derecho, y a una igualdad mística de todos los hombres a pesar de todas sus diferencias. Es imposible concebir una época en que semejante leyenda pierda su atractivo universal. Mientras los hombres tengan aspiraciones, la vida de Lincoln será una fuente constante de aliento y esperanza.



Lincoln pronunciando la oración de Gettysburg. Cuadro de Fletcher C. Ransom.

LA ORACION DE GETTYSBURG

HACE ochenta y siete años que nuestros padres fundaron en este continente una nueva nación concebida en la libertad, y consagrada al principio de que todos los hombres nacemos iguales.

Estamos ahora en medio de una gran guerra civil que habrá de determinar si esa nación, o cualquier otra nación así concebida y consagrada, puede subsistir. Nos hemos reunido en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una parte de ese campo para que sirva de último sitio de reposo a aquellos que aquí ofrendaron sus vidas para que esa nación pueda perdurar. Nada más justo y adecuado que así lo hagamos.

Sin embargo, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar esta tierra. Los valientes, vivos o muertos, que aquí combatieron, la han consagrado en forma tal que sería inútil tratar de añadir o restar algo. El mundo no prestará gran atención ni recordará por mucho tiempo lo que aquí digamos, pero nunca olvidará lo que ellos aquí hicieron. Cúmplenos más bien a los que vivimos, el deber de consagrarnos a esa obra inconclusa que los que combatieron aquí tan noblemente adelantaron. Debemos más bien dedicarnos a la gran tarea que tenemos delante: que estos venerados muertos nos inspiren una devoción aún más grande hacia la causa por la cual ellos hicieron el supremo sacrificio; que solemnemente resolvamos que estos muertos no han caído en vano; que esta nación, con la gracia de Dios, tenga una nueva aurora de libertad; y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparezca de la faz de la tierra.



LINCOLN visto por dos de sus contemporáneos

Con uno de sus hijos, Thomas, llamado Tad. La foto fue tomada el 9 de febrero de 1864 por Mathew Brady. Tad nació en 1853 y falleció en 1871, sólo seis años después del asesinato de su padre.

WALT WHITMAN

(De "November Boughs")

...No obstante que tanto en pintura como en fotografía se han hecho centenares de retratos de Lincoln, de los cuales muchos, a través de sus copias, perdurarán, todavía no he visto ninguno que en mi opinión merezca ser calificado como de un parecido perfecto, ni creo que exista ninguno que pueda ser considerado como tal. Me atrevo a decir también, ya que ni en retrato ni en estatua hay un parecido real y emblemático de Lincoln, que no hay, y que tal vez no pueda haber, ningún estudio literario o verdadera biografía suya.

Uno de los mejores comentaristas de Shakespeare (el profesor Dowden) asevera que su gran cualidad de poeta residía en saber mezclar perfectamente lo ideal con lo práctico o realístico. Si es así, diré que lo que Shakespeare hizo en cuanto a la exposición poética, Lincoln lo hizo esencialmente en su vida particular y oficial. He de decir también que los fundamentos invisibles y básicos de su carácter, en Lincoln, más que en ninguna figura de la historia, fueron lo místico, lo abstracto, lo moral y lo espiritual, a la vez que, sobre todo esto y emanando del conjunto, bajo el dominio de circunstancias corrientes, existían lo que se llama sentido común y una vida a menudo sometida a razones temporales, pero no por eso menos materialistas y políticas.

Lincoln parece haber sido hombre de inquebrantable firmeza, hasta obstinado en raras ocasiones, tratándose de grandes cuestiones pero en general era muy adaptable, flexible, tolerante, casi sumiso, respetuoso de cosas pequeñas. Observo también que aun los cuentos y anécdotas tendientes a rebajarlo, dejan siempre de él una impresión favorable. En lo que respecta a sus ideas de religión, me parece son ciertamente las más grandes, firmes y elevadas.

(De "Specimen Days")

12 de agosto de 1863. Veo al presidente casi todos los días, pues vivo en un lugar por donde tiene que pasar al ir y venir de su residencia fuera de la ciudad. En la estación calurosa nunca duerme en la Casa Blanca, pues tiene habitaciones en un lugar sano como a cinco kilómetros al norte de la ciudad, en un puesto mili-

tar, el Asilo de Soldados. Esta mañana le ví cuando venía en coche a su despacho, como a las 8.30, por la Avenida Vermont, cerca de la calle L. Siempre lleva una escolta de 25 ó 30 soldados de caballería con el sable en posición de parada. Se dice que esta escolta le ha sido impuesta contra su voluntad; pero que ha tenido que aceptar las indicaciones de sus consejeros. La escolta no representa mucho ni en uniformes ni en caballos. Lincoln, cuando monta, usa un caballo grande y manso; viste de negro, pero el traje es viejo y polvoriento; su sombrero, duro, también es negro. El aspecto de Lincoln es así como el del hombre más común. A su derecha va un teniente cuyo uniforme tiene vivos amarillos. Detrás, de dos en dos, viene la caballería, también con vivos amarillos. Por lo general, van lentamente, según el paso que tome Lincoln. Los sables y los arreos resuenan, pero este cortejo tan poco ornamentado no causa ninguna sensación al dirigirse a la Plaza Lafayette. Sólo uno que otro se detiene y mira. Veo perfectamente el rostro atezado de Abraham Lincoln, con sus arrugas profundas. Sus ojos siempre me hacen ver la tristeza latente en su expresión. Nos saludamos con inclinaciones, a veces con mucha cordialidad. En ocasiones el presidente va y viene en coche descubierto, pero la caballería siempre le acompaña con los sables desenvainados. A menudo observo, cuando sale de noche, y a veces por la mañana, cuando vuelve temprano, que se detiene en la hermosa casa del secretario de Guerra, en la calle K, y celebra allí una conferencia. Cuando va en coche, puedo ver desde mi ventana que no desciende, sino que permanece sentado en el vehículo y Stanton sale a conversar con él. A veces uno de sus hijos, de diez o doce años, le acompaña cabalgando a su lado en un pony. A principios del verano ví al Presidente de vez en cuando con su esposa, ya en la tarde, paseando en coche por la ciudad. La señora de Lincoln viste enteramente de negro y lleva un largo velo de crespón. El tronco es de caballos muy corrientes, nada especial. Una vez pasaron muy cerca de mí lentamente y pude ver muy bien la faz del presidente. Su mirada, aunque distraída, estaba fija en mis ojos. Se inclinó y sonrió, pero a pesar de la sonrisa pude ver la expresión de tristeza que ya he indicado. Ni pintor ni fotográfo han podido captar esa expresión profunda, aunque sutil e indirecta, del rostro de este hombre. En ella hay algo más, pero se necesita uno de los grandes retratistas de hace dos o tres siglos.

"Oh Capitán! Mi Capitán", "Hushed be the Camps to-Day" y "This Dust was once the Man", fueron escritos en honor de Abraham Lincoln poco después del asesinato y aparecieron en un libro de versos de Walt Whitman. "Sequel to Drum-Taps" (1865-1866), y más tarde en "Leaves of Grass" (1867).

¡OH CAPITAN! ¡MI CAPITAN!

¡Oh Capitán, mi Capitán! nuestro viaje temeroso está cumplido,
El barco ha resistido todas las agonías, el premio que buscábamos está ganado,
El puerto está cerca, oigo la quilla firme, el barco formidable y temerario;
Pero ¡oh corazón, corazón, corazón!
¡Oh las sangrantes gotas rojas,
En el lugar de la cubierta donde yace mi Capitán
Caído, frío y muerto!
¡Oh Capitán, mi Capitán! levántate y escucha las campanas;
Levántate —para tí ondea en el aire la bandera— por ti resuena la corneta,
A ti te llama la ondulante masa, con los ávidos rostros vueltos;
Vamos, ¡Capitán, amado padre!
¡Este brazo bajo tu cabeza!
Es algún sueño que en cubierta,
Hayas caído frío y muerto.
Mi Capitán no responde, sus labios están pálidos y callados,
Mi padre no siente mi brazo, no tiene pulso ni voluntad,
El barco anclado sano y salvo, terminado y cumplido su viaje,
Del viaje temeroso regresa el barco vencedor con su objeto ganado:
¡Recocijaos, playas, repicad oh campanas!
Pero yo con triste paso,
Recorro la cubierta donde yace mi Capitán,
Caído, frío y muerto.

SILENCIO EN LOS CAMPAMENTOS

Hoy habrá silencio en los campamentos
Los soldados cubrirán de negro sus armas
Y cada uno, sobrecogido, se retirará para lamentar
La muerte de nuestro amado comandante.

Para él acabaron los tormentosos conflictos de la vida
Tampoco tendrá más triunfos ni más derrotas; no más sucesos tristes
Le acosarán como nubarrones en el cielo.

Pero tú, poeta, cantarás en nuestro nombre,
Dirás cuanto le amábamos,
Porque como hombre de campamento bien lo sabías.

Cuando bajen el ataúd a la fosa,
Cuando cierren para él las puertas de la tierra,
Canta un verso para el corazón adolorido del soldado.

ESTE POLVO FUE EL HOMBRE

Este polvo fue una vez el hombre
Manso, sencillo, justo y resuelto, bajo cuya mano cautelosa,
Contra el crimen más vil de toda tierra o época,
Se salvó la Unión de estos estados.

HERMAN MELVILLE

El gran novelista, autor de "Moby Dick", "Typee", "Omoo" y cuatro volúmenes de poesías, ha rendido homenaje a Lincoln en varios poemas, entre ellos "The Martyr".

EL MARTIR Indicativo del dolor del pueblo el 15 de abril de 1865.

Viernes Santo fue el día
Del prodigio y del crimen
Cuando le asesinaron vilmente,
Cuando le asesinaron ansioso
De clemencia y de calma,
Cuando anhelaba, impaciente,
Redimir a los malos;
Cuando vencedor, era bueno.
Pero en su ceguera y demencia
Le mataron por su bondad,
Y le mataron por la espalda.
Hay el llanto del fuerte
y oscuridad sobre la tierra.
Pero el pueblo, en sus sollozos,
Descubre su mano de hierro.
Cuidado con el pueblo que llora
Al descubrir su mano de hierro.
Yace en su propia sangre,
Su rostro es paternal
Mataron al que perdona
El vengador ocupa su lugar,
El vengador sabio y severo
Que con rectitud cumplirá
Lo que el cielo le ordene,
A los parricidas castigará
Porque le mataron por su bondad
En su ceguera y demencia
Y su sangre cubre sus manos.
Hay el llanto del fuerte,
Y oscuridad sobre la tierra
Pero el pueblo, en sus sollozos,
Descubre su mano de hierro.
Cuidado con el pueblo que llora
Al descubrir su mano de hierro.

(De "Battle Pieces and Aspects of the War", 1866).



Interior del bufete de los abogados Stuart y Lincoln en Springfield, Illinois.

LINCOLN ABOGADO

Por
WILLIAM H. TOWNSEND

Abogado de Lexington, Kentucky. Ha escrito extensamente sobre la época en que Lincoln ejercía de abogado. Entre sus libros se cuentan: "Lincoln, Defendant" y "Lincoln, the Litigant."

NACIDO en una cabaña con piso de tierra, en la soledad de los bosques de Kentucky, y habiendo llegado a su madurez en los montes de Indiana, el tiempo en que Abraham Lincoln asistió a la escuela no pasó de un año. Sin embargo, leía asiduamente los pocos buenos libros que podía obtener de una manera u otra. Entre éstos se encontraban: "La Vida de Washington", de Weems, "Robinson Crusoe", "El Progreso de los Peregrinos", "Las Fábulas de Esopo", "Historia de los Estados Unidos", de Grimshaw; "El Preceptor de Kentucky", y la versión de la Biblia ordenada por el rey Jaime.

Cuando Lincoln llegó a New Salem, pequeña villa situada en las escarpadas alturas del río Sangamon, de Illinois, apenas tenía edad para votar por primera vez. Allí fue dependiente, prestó servicio en las guerras contra los indios, trabajó para agricultores de la región, fue ayudante de agrimensor y abrió su propio establecimiento comercial, que fracasó pronto. Con calma y cordura pensó entonces en su porvenir; pensó ser herrero, mas veía poco porvenir en ello; consideró la probabilidad de ser abogado, pero su falta de instrución hacía poco probable su éxito en este ramo.

Sin embargo, Lincoln continuó pensando en el derecho como carrera y al encontrarse, como se dice, un ejemplar viejo de los "Comentarios" de Blackstone en un barril de ba-

sura, llevaba consigo el roto y voluminoso libro a todas partes para estudiar.

Fue en esta época que Lincoln conoció a John T. Stuart, hábil abogado de Springfield, que ofreció prestarle libros de derecho, y así comenzó sus estudios con gran avidez y energía. A veces encontraba a alguien que le llevara hasta el bufete de Stuart en Springfield, pero si no, caminaba los 32 kilómetros que los separaban, ida y vuelta, estudiando sus libros por el polvoriento camino.

Así, a la edad de 28 años, en la primavera de 1837, Abraham Lincoln obtuvo licencia para ejercer de abogado. Empacó sus pocos efectos en un par de alforjas viejas; pidió prestado un caballo y se encaminó a Springfield, pueblo que estará siempre asociado con su nombre en la historia. Al llegar se detuvo frente a una tienda grande, el alto forastero entró y preguntó el precio de un colchón, sábanas, fundas y mantas para una cama pequeña. El propietario, Josua F. Speed, le atendió e hizo un cálculo que montaba a 17 dólares.

"No hay duda de que es bastante barato", dijo Lincoln con tristeza, "pero así y todo, no puedo pagarlo en el momento. Mas, si me concede crédito hasta la Navidad tal vez podré pagarle. Pero si fracaso aquí como abogado, entonces no sé si lo podré hacer".

Speed, al ver al joven forastero tan preocupado por una pequeña deuda, le invitó a compartir su habitación sin costo alguno y así comenzó estrecha y larga amistad.

Después de un período de cuatro años como socio menor de John T. Stuart, y de tres años y medio en sociedad con Stephen T. Logan, Lincoln estableció en 1844 su propia firma con William H. Herndon, que había estudiado derecho en las oficinas de Logan y Lincoln; esta sociedad duró toda su vida, hasta que fue terminada por la bala de un asesino.

Más de la mitad de su tiempo, Lincoln, como socio principal, lo pasaba haciendo el "recorrido del circuito", acrecentando su fama de abogado, mientras Herndon atendía el despacho de Springfield y se ocupaba de la clientela local. El octavo circuito judicial de Illinois comprendía entonces 14 condados o distritos, poco poblados. En invierno el fango era profundo, los ríos y arroyos crecían y eran peligrosos. Pero el grupo de abogados cruzaba alegremente los ríos, y galopaba por la inmensa pradera en tiempos buenos y malos. Algunos visitaban solamente varios de las cabezas de distrito más asequibles, otros los visitaban casi todos. Lincoln iba a todas partes.

Siempre escrupulosamente limpio y bien afeitado, pero con traje corriente, arrugado, con su alto sombrero de copa, con una alforja llena de libros, papeles, una muda de ropa limpia, y un enorme paraguas verde, Lincoln era una de las figuras más pintorescas, sencillas y queridas del circuito, en todos los condados o distritos.

En el tribunal Lincoln no era una figura imponente. Se sentaba descuidadamente, con sus largas piernas cruzadas, y con las manos a veces en los bolsillos; no parecía más alto que un hombre corriente. Su cabello, áspero y encrespado, le caía descuidadamente sobre la frente ancha y arrugada. Su faz, curtida y fuerte, con su quijada angular y su barbilla firme y pronunciada, resultaba preocupada y macilenta. Sus ojos grises quedaban cavernosos bajo las enormes cejas y le daban un aspecto vacío, soñador y preocupado.

Sin embargo, cuando se levantaba y comenzaba a hablar, el jurado y los jueces se sorprendían por el cambio que se operaba en él. Su estatura de 1.93 m. era majestuosa, su voz, generalmente alta, se tornaba resonante y bien modulada; los ojos le brillaban con ardor o con ironía; su sonrisa dejaba entrever una fila de dientes perfectos y blancos y prestaba a su rostro singular animación.

Era parco en sus gestos, se erguía con las manos cruzadas a la espalda, o si no, con una mano en la solapa del gabán y la otra colgando al costado. Su figura grande y escueta tenía gran elasticidad y cuando se emocionaba se erguía aún más, levantaba sus largos y fuertes brazos en alto, mantenía un instante esta actitud, y descargaba sus puños con un gesto tan elocuente que nadie podía olvidar.

Lincoln, como abogado, era aún mejor en el contrainterrogatorio de testigos. Conocía los hechos y las reglas para las pruebas. Actuaba cautelosamente. Nunca hacía preguntas innecesarias. Era cortés e iba derecho al punto. Sin esfuerzo aparente, procuraba establecer, siempre que era posible, una relación informal, casi amistosa con los testigos. En casi toda ocasión veía la conclusión lógica de una respuesta antes que la persona que la daba y, por lo tanto, podía guiarla sin aparentarlo. Sus colegas se maravillaban de la manera con que personas abiertamente hostiles a Lincoln se rendían gradualmente a su magnetismo personal. Un abogado que tomó parte en muchos casos contra él dijo una vez: "Lincoln ve instintivamente el fondo de la cuestión desde el principio, nunca lo pierde de vista ni

deja que el jurado tampoco lo pierda de vista".

Sin embargo, su gran éxito como defensor ha tendido a obscurecer el hecho de que, según muestran los expedientes, su habilidad para analizar, su lógica irresistible y su gran comprensión de asuntos importantes y complejos le ganaron gran mayoría de casos en apelación en la Corte Suprema de Illinois y dos de tres de sus casos que llegaron hasta la Corte Suprema de los Estados Unidos.

Lincoln gozaba de la confianza de humildes y poderosos, de ricos y pobres. El hecho de que representaba a muchas de las empresas más ricas y poderosas del estado, como los ferrocarriles Illinois Central y Rock Island, el Banco de Illinois y la North American Insurance Company, no redujo de manera alguna su popularidad en la masa del pueblo.

"Ningún abogado era más sencillo que él", dijo uno de sus colegas del circuito. No asumía superioridad sobre nadie ,ni aún sobre los más humildes en su profesión. Era especialmente benévolo con los abogados jóvenes. Como resultado, con el tiempo, llegó a ser el abogado más antiguo y más querido de la comarca.

"Decídanse a ser honrados siempre", aconsejaba Lincoln a los estudiantes de derecho, "Si creen que no pueden ser abogados honrados, decídanse a ser honrados sin ser abogados. No fomenten los pleitos. Persuadan a los clientes a transar, siempre que puedan. Explíquenles cómo el que gana puede a veces perder en verdad: en honorarios, en gastos y en tiempo. Como pacificador, el abogado tiene oportunidad excelente de ser bueno".

Lincoln siempre estaba de buen humor, mas nunca hizo alusiones personales, que eran comunes en los juicios de aquellos días, a menos que no fuese en defensa propia. Se sabía, sin embargo, que era capaz de un gran sarcasmo, que, aunque rara vez empleaba, nunca dejaba de poner a la defensiva al adversario. En cierto caso, mientras se seleccionaba el jurado, un abogado objetó a uno de los nominados debido a que conocía a Lincoln, que representaba la parte contraria. Su objeción fue considerada como algo personal y el juez David Davis la consideró fuera de lugar. Cuando llegó a Lincoln el turno de examinar al jurado, comenzó a preguntar también a los nominados si conocían al abogado de la parte contraria. "Señor Lincoln", dijo el juez severamente, "usted conoce mi dictamen acerca de esto. El mero hecho de que un miembro del jurado conozca a su adversario no lo descalifica como jurado". "No, señor juez", respondió Lincoln, "pero me temo que algunos de estos señores NO LO CONOZCAN, lo que sí me perjudicaría".

Al final de su carrera de abogado en Illinois, Lincoln se hallaba en el pináculo de su fama en ese estado. Con su trabajo y su genio peculiar, había llegado a sobresalir dentro del notable grupo de abogados cuyos nombres y actuaciones están escritos en las páginas de la historia nacional. El pequeño grupo de "corredores del circuito judicial" produjo cinco diputados, tres gobernadores, cuatro senadores, dos generales de división, un miembro del gabinete, un juez del Tribunal Supremo y un Presidente de la República.

El diez de febrero de 1861 fue el último día que Lincoln pasó en Springfield. Había sido elegido presidente de los Estados Unidos. Los estados del Sur se retiraban de la Unión. La guerra civil era inminente. Parecía extraño, en verdad, que un destino, al parecer caprichoso, hubiese puesto en las manos ásperas del abogado campesino, sin gran experiencia, los complejos problemas de la unión que se desintegraba. Esa tarde llegó a su modesto despacho, en el segundo piso de un edificio al lado oeste de la plaza de Springfield. Allí le esperaba su fiel socio menor. Según éste cuenta, Lincoln cruzó la habitación y se acostó en el desvencijado sofá. Por varios minutos miró al techo, sin hablar. Aquellas cuatro paredes le traían recuerdos de pobreza, de desengaños, lucha amarga y el triunfo final, recuerdos que nunca podría olvidar. Entonces prorrumpió a hablar de sus primeros días de abogado, de incidentes jocosos, de los litigios que había tenido en el circuito, y sus reminiscencias siguieron felizmente hasta que atardeció y la oscuridad se apoderó de la habitación, penetrando por las humildes ventanas, indicándole que era ya tiempo de ir a casa.

Recogió un montón de libros y papeles, los puso bajo el brazo y miró con nostalgia el viejo letrero de "Lincoln y Herndon" que se movía colgado de enmohecidos alambres sobre la puerta de entrada. "Dejémoslo ahí, sin cambiarlo", dijo lentamente a su socio, "para que nuestros clientes sepan que la elección de un presidente no afecta en nada a la firma de Lincoln y Herndon. Si vivo, volveré aquí a seguir ejerciendo como si nada hubiese pasado".

Se detuvo unos minutos para dar una última ojeada a su viejo despacho, y luego comenzó a andar como con renuencia, pasó la puerta, el pasillo y bajó las estrechas escaleras, hacia su nuevo destino.

SUS DISCURSOS

Hoja Suelta al Pueblo del Condado de Sangamon, 9 de marzo de 1832

Se dice que todo hombre tiene una ambición particular. Sea cierto o no, puedo decir que no tengo ambición mayor que la de ser altamente estimado por mis conciudadanos, haciéndome digno de tal estimación. El grado en que pueda realizar esa ambición, está aún por verse. Soy joven y desconocido para muchos de vosotros. Nací y he vivido en las circunstancias más humildes. No tengo parientes ricos ni grandes relaciones que me recomienden. Mi caso está exclusivamente en manos de los electores independientes de este condado. De ser elegido, ellos me conferirán un favor que trataré de recompensar con mi labor incesante. Pero si esta buena gente, con su sabiduría, decide no elegirme, ya estoy demasiado familiarizado con los desengaños para enfadarme.

Extracto de un Discurso en el Liceo de Jóvenes de Springfield, Illinois, el 27 de enero de 1838

Dejad que todo estadounidense, todo amante de la libertad, todo el que desee el bien a su posteridad, jure por la sangre de la independencia no violar nunca, en lo más mínimo, las leyes del país y no tolerar jamás que otros las violen. Según lo hicieron los patriotas de 1776 para defender la Declaración de Independencia, que cada estadounidense ofrezca su vida, sus bienes y su honor sagrado para defender la Constitución y la Ley; que cada uno recuerde que el violar la ley es pisotear la sangre de su padre, destruir su propio estatuto y el de la libertad de sus hijos.

Que el respeto a la ley lo enseñen desde la cuna las ma-

Esta foto fue tomada en la pequeña ciudad de Gettysburg en noviembre de 1863. El pueblo espera que las tropas se pongan en marcha hacia el histórico campo de batalla en el que se inauguraría el cementerio nacional, acto en el cual Lincoln pronunció su célebre discurso.



dres de este país a sus hijos, en su regazo. Que se enseñe en las escuelas, seminarios y universidades. Que se imprima en los primeros libros de lectura, en los silabarios y en los almanaques. Que se predique desde el púlpito, que se proclame en las cámaras legislativas y se haga cumplir en los tribunales de justicia. En otras palabras, que sea la religión política del país.

De un Discurso en la Washington Temperance Society, de Springfield, Illinois, el 22 de febrero de 1842

Cuando se trate de influir sobre la conducta de los hombres, se debe adoptar una actitud benévola, de persuasión, sin pretensiones. Hay un viejo y verídico refrán que dice: "una gota de miel atrapa más moscas que una damajuana de vinagre". Lo mismo sucede con los hombres. Si deseáis captaros el apoyo de un hombre para vuestra causa, hay que convencerlo primero de que sois su amigo sincero. Hay en ello una gota de miel que, digan lo que dijeren, es el verdadero camino a su razón, y una vez ganada ésta tendréis poco trabajo para convencerlo de la justicia de vuestra causa, si es que en realidad vuestra causa es justa. Por el contrario, tratad de coaccionar su juicio, de dominar sus acciones o de despreciarlo, y se encerrará en sí mismo, obstruyendo todos los caminos a su corazón y a su mente y, aunque vuestra causa sea la misma verdad desnuda, transformada en lanza más fuerte y más dura y afilada que el acero, y aunque la lancéis con más fuerza y precisión que un Hércules, no podrá penetrar en él más que una paja en el carapacho de una tortuga. Así es el hombre, y así tienen que entenderlo los que pretendan guiarlo, aun para su propio beneficio...

Fragmento sobre la Esclavitud (1.º de julio de 1854)

Si **A** puede probar concluyentemente que podría esclavizar a **B**, ¿por qué no podría **B** utilizar el mismo argumento y probar igualmente que él podría esclavizar a **A**? Se dice que A es blanco y B es negro. ¿Es, pues cuestión de **color** que el hombre más blanco tiene el derecho de esclavizar al más moreno? Entonces hay que andar con cuidado, pues de acuerdo con esto uno puede ser el esclavo del primero que encuentre que tiene piel más blanca que la de uno.

¿Se quiere decir que no es el **color**, exactamente? ¿Se quiere decir que los blancos son intelectualmente superiores a los negros y que por lo tanto tienen el derecho de esclavizarlos? Hay que andarse con cuidado, pues, de acuerdo con esta regla, se puede ser esclavo del primero que encuentre que es más inteligen-

Pero, se dice que esto es cuestión de **intereses**, y si es cuestión de **interés** propio, se tiene el derecho de esclavizar a otro. Muy bien, pero, si éste puede hacerlo por interés, también tiene el derecho de esclavizarlo uno.

De su Discurso "Una Casa Dividida", pronunciado en Springfield, Illinois, el 16 de junio de 1858

Estamos ahora en el quinto año de la iniciación de una política con un fin determinado y prometedor de terminar la agitación en pro de la esclavitud. Con esa política la agitación no solamente persiste, sino que aumenta constantemente. En mi opinión, no cesará hasta que llegue y pase una crisis. "Una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse". Yo creo que este gobierno no puede perdurar mitad libre y mitad esclavo. No espero que se disuelva la Unión; no espero que se derrumbe la casa, pero sí espero que cese de estar dividida. Será una cosa o la otra. O los que se oponen a la esclavitud evitarán que se extienda aún más, y la limitarán a lugares donde la opinión pública tenga razón para esperar que finalmente será abolida, o sus partidarios la extenderán hasta que sea legal en todos los estados, los viejos y los nuevos, en el norte lo mismo que en el sur.

Discurso de Despedida de Springfield, Illinois, 11 de febrero de 1861

Amigos míos: Nadie que no esté en mi situación puede apreciar cabalmente mis sentimientos de tristeza al partir. A vosotros. a este lugar, a vuestra bondad. debo todo lo que soy. Aquí he vivido un cuarto de siglo; aquí he pasado de joven a viejo. Aquí nacieron mis hijos y dejo uno enterrado. Ahora tengo que partir sin saber cuándo ni cómo regresaré, si es que regreso, con una misión ante mí aún más grande que la que pesó sobre Washington. Sin la ayuda del Ser Supremo que le ayudó en todo momento, no puedo triunfar. Con su ayuda, no puedo fracasar. Al confiar en El, que puede ir conmigo y permanecer con vosotros al mismo tiempo, y estar en todas partes para el bien general, confiemos, llenos de esperanza, en que todo saldrá bien. Encomendándoos a Su protección, como espero que en vuestras plegarias me encomendéis a mí, me despido con afecto de vosotros.



El 22 de julio de 1862, Lincoln lee a su gabinete la histórica proclama de emancipación de los esclavos. El cuadro, pintado por Francis B. Carpenter, se halla en el Capitolio de los Estados Unidos. De izquierda a derecha: el secretario de Guerra, Edwin M. Stanton; el del Tesoro, Salmon P. Chase; el presidente; el secretario de Marina, Gideon Welles; el de Estado, William H. Seward; el del Interior, Caleb B. Smith; el Director de Correos, Montgomery Blair; y el Procurador General, Edward Bates.

De un Discurso en el Independence Hall, de Filadelfia, el 22 de febrero de 1861

Políticamente nunca he abrigado sentimientos que no surjan de los conceptos expresados en la Declaración de Independencia.

A veces he pensado en los peligros que arrostraron los que se congregaron aquí y redactaron y aprobaron esa Declaración. He pensado también frecuentemente en los trabajos y sufrimientos que soportaron los oficiales y soldados del ejército que logró la independencia. Me he preguntado a menudo: ¿qué gran principio o idea ha sido lo que mantuvo esta confederación unida por tanto tiempo? No fue la mera separación de las colonias de la madre patria, sino el concepto de la Declaración de Independencia, que no solamente ofreció la libertad al pueblo de este país, sino que también una esperanza al mundo para el porvenir. Fue eso lo que confirmó que a su debido tiempo todas las cargas se levantarían de los hombros de todos, y que todos tendrían igual oportunidad.

De su Primer Mensaje al Congreso de los Estados Unidos en Sesión Especial el 4 de julio de 1861

Esta es, esencialmente, una contienda del pueblo. Por una parte está la Unión, en lucha para mantener en el mundo la forma y sustancia de gobierno cuyo principal objeto es elevar la condición del hombre: levantar las cargas artificiales que pesan sobre todos los hombres para facilitar a todos el camino a empresas laudables; ofrecer a todos un comienzo sin dificultades, una buena oportunidad en los azares de la vida...

Nuestro gobierno del pueblo ha sido calificado a menudo de experimento. Hay dos puntos en él que ya ha resuelto nuestro pueblo: el establecerlo firmemente y el administrarlo bien. Hay aún otro punto por resolver: el sostenerlo firme contra la formidable tentativa interna de derrocarlo. Ahora corresponde a este pueblo demostrar al mundo que los que pueden hacer elecciones, pueden también suprimir una rebelión; que las urnas electorales son los sucesores legítimos y pa-

cíficos de las balas y que, cuando las urnas electorales deciden legal y constitucionalmente, no se puede recurrir a las balas; que no puede haber otro recurso que las urnas mismas, mediante otras elecciones. Tal será la gran lección para la paz, demostrando a todos que lo que no pueden lograr con elecciones, tampoco lo pueden lograr con la guerra; enseñando a todos la locura de ser causantes de la guerra.

De Su Mensaje al Congreso en la Sesión Ordinaria del 3 de Diciembre de 1861

El trabajo tiene precedencia y es independiente del capital. El capital es solamente el fruto del trabajo y no puede existir si el trabajo no existe primero. El trabajo es superior al capital y merece mucha más consideración. El capital tiene sus derechos, que merecen ser tan protegidos como cualesquiera otros derechos. No se niega tampoco que existe y probablemente siempre existirá, una relación entre el capital y el trabajo que produce beneficios mutuos. El error consiste en pretender que toda labor colectiva se desarrolla en esa relación. Hay personas que poseen capital y evitan trabajar por sí, y con su capital emplean o compran a otras personas que trabajan para ellos. La gran mayoría no pertenece ni a una ni a otra de estas clases, no trabajan para otros ni nadie trabaja para ellos... Hombres con familia, esposa, hijos e hijas que trabajan para sí, en sus fincas, en sus casas y en sus tiendas, absorbiendo todo el producto de su labor, sin pedir favores al capital, por una parte, ni a jornaleros ni esclavos, por la otra. No hay que olvidar que un número considerable de personas mezclan su propia labor con su capital, es decir, trabajan con sus manos y toman a otros que también trabajan para ellos; pero ésta es sólo una clase mixta, no una clase aparte. Ninguno de los principios expresados se altera con la existencia de esta clase mixta.

Repito: como ya se ha dicho, que no hay, necesariamente, nada que haga que un jornalero libre tenga que permanecer en esta condición toda su vida. Muchos hombres independientes, en todas partes de estos Estados Unidos, hace sólo pocos años eran jornaleros. El hombre prudente que comienza pobre, trabaja a jornal por algún tiempo, ahorra un excedente con el que puede adquirir herramientas o tierras para sí mismo, trabaja entonces por cuenta propia y toma a otro que comienza para que lo ayude. Este es un sistema justo, generoso y próspero, que abre el camino a todos, da esperanzas a todos, con la energía consecuente, así como lleva al progreso y al mejoramiento de las condiciones para todos.

No hay quien merezca tanta confianza como el que se ha levantado de la pobreza; ninguno menos inclinado a tomar, a tocar nada que no haya ganado honradamente. Estos deben cuidarse de no entregar el poder político que ya tienen, pues si renuncian a él, seguramente se empleará para cerrarles las puertas del progreso a ellos mismos, para imponer nuevas cargas y gravámenes sobre ellos hasta que se pierda toda libertad.

De la Respuesta al Testimonio por la Emancipación, Presentado por los Cristianos de Chicago, de Todas las Sectas, 13 de Septiembre de 1862

El asunto de que trata el testimonio es algo en el que he pensado mucho últimamente y, puedo decirlo, durante meses. Me han presentado los puntos de vista y los consejos más opuestos hasta los religiosos que están seguros de que representan la voluntad divina. Estoy seguro de que unos u otros tienen que estar errados en sus creencias y, tal vez, ambos lo estén en algunos aspectos. Espero que no sea irreverente de mi parte decir que es probable que si Dios revela su voluntad a otros, en un asunto que atañe tanto a mis deberes, es de suponerse que seguramente me la revele a mí directamente, porque, a menos que me engañe, es mi deseo más ferviente conocer la voluntad de la Providencia en este problema. Y si puedo saber cuál es su voluntad, la cumpliré. Sin embargo, ya los días de los milagros pasaron y no espero tener ninguna revelación directa, sino que he de estudiar los hechos escuetos del caso, ver lo que es posible hacer, y saber lo que parezca ser sabio y justo.

Del Mensaje Anual al Congreso de los Estados Unidos, 1 de Diciembre de 1862

No podemos evadir la historia. Los que formamos parte de este Congreso y de este gobierno seremos recordados a pesar nuestro. Nada importante o insignificante en lo personal nos puede salvar. La prueba de fuego que hemos de pasar nos iluminará para honor o deshonra, hasta la última generación. **Decimos** que estamos por la Unión. El mundo no olvidará que lo decimos. Sabemos cómo salvar la Unión. El mundo sabe que lo sabemos. Nosotros, aun los que estamos aquí, tenemos el poder y asumimos la responsabilidad. Al dar la libertad al esclavo aseguramos la libertad de ser libres, tan honrados en lo que damos como en lo que conservamos. Salvare-



El presidente Lincoln con el comandante en jefe del ejército de la Unión, general George B. McClellan, en el cuartel general de éste en Antietam. Foto del año 1861. McClellan es el militar que se halla de perfil, con un pie adelantado, mirando de frente al presidente.

mos noblemente o perderemos mezquinamente la esperanza máxima de la tierra. Otros medios pueden triunfar, pero esto no puede fracasar. El camino es claro, pacífico, generoso y justo; camino que si se sigue, el mundo lo ensalzará y Dios lo bendecirá siempre.

De una Arenga al Regimiento Número. 166 de Ohio, 22 de Agosto de 1864

No es meramente para hoy, sino para siempre que debemos perpetuar, para las generaciones futuras, el gobierno grande y libre de que hemos gozado nosotros. Os ruego que lo recordéis, no en beneficio mío, sino en el vuestro. Sucede que ocupo ahora, temporalmente, esta gran Casa Blanca. Soy ejemplo palpable de que cualquiera de vuestros hijos puede aspirar a llegar hasta aquí, lo mismo que el hijo de mi padre. Es, pues, apropiado que cada uno de vosotros pueda tener, con este gobierno libre de que gozamos, campo abierto y buena oportunidad para vuestro trabajo, iniciativa e inteligencia; que todos puedan tener iguales privilegios en la lucha por la vida con todas las loables aspiraciones humanas. Es a causa de esto que hemos de mantener la lucha, no sólo por un año, sino por dos o tres años, a fin de no perder nuestros derechos. Vale bien la pena luchar por el país para preservar una joya de tan grande valor.

De un Discurso en la Exposición de Sanidad de Baltimore, el 18 de Abril de 1864.

Todos alardeamos de libertad, pero al usar **la misma palabra**, no todos queremos decir **lo mismo**. Para algunos, la palabra libertad puede significar hacer lo que les dé su real gana consigo mismos y con el producto de su trabajo; mientras que para otros la misma palabra puede significar hacer lo que quieran con los demás y con el producto del trabajo de los otros. He aquí dos cosas que son, no solamente diferentes, sino opuestas, llamadas con el mismo nombre: libertad. Por lo tanto, cada una de estas cosas se denominan, según las partes respectivas, con dos palabras, diferentes y opuestas: libertad y tiranía.

El pastor salva al cordero de las fauces del lobo, por lo cual el cordero da las gracias al pastor como a un libertador, mientras que el lobo le increpa por el mismo acto como destructor de la libertad, especialmente si se trata de un cordero negro. Es obvio que el lobo y el cordero no están de acuerdo en cuanto a la definición de la palabra libertad. Precisamente, la misma diferencia prevalece hoy entre nosotros los seres humanos, aún en el norte del país y entre todos los que profesan amor a la libertad.

Del Famoso Discurso en su Segunda Toma de Posesión el 4 de Marzo de 1865

En acto igual hace cuatro años, todos nuestros pensamientos se dirigían ansiosamente a la guerra civil que amenazaba. Todos la temíamos, todos tratábamos de evitarla. Ambos partidos rechazaban la guerra, pero uno de ellos prefirió hacer la guerra antes que permitir que la nación sobreviviera; y el otro **aceptó** la guerra más bien que permitir que pereciera. La guerra tuvo que venir...

Sin malevolencia para nadie, con caridad para todos, fuertes en nuestro derecho según Dios nos permita verlo, esforcémonos en terminar la obra que tenemos delante; en curar las heridas de la nación; en cuidar de los que arrostraron el combate; de sus viudas y sus huérfanos, en hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para lograr y mantener una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las naciones.

Su Agudeza y Sentido Humorístico

Lincoln, a la sazón capitán, entrenaba a sus hombres durante las guerras con los indios Black Hawk. Cierto día marchaba por el campo con sus soldados, formando un frente de veinte hombres, cuando se encontró frente a una brecha en la cerca que deseaba atravesar.

De esta manera refería Lincoln el episodio: "No podía acordarme de ninguna manera de la orden que había de dar para poner a los soldados en fila de modo que pudiesen pasar por la brecha, así es que cuando llegué cerca de ésta grité a mis hombres: "Rompan filas por dos minutos hasta que se reúnan al otro lado de la cerca".

("The Life of Abraham Lincoln", de Ida Minerva Tarbell).

En los días en que Lincoln ejercía de abogado en Springfield se acercó una vez a un hombre que iba en un coche por la carretera y le preguntó: "¿Tendría Ud. la bondad de llevar mi sobretodo al pueblo?

"Con mucho gusto", respondió el hombre, "¿pero cómo podrá usted recuperarlo?"

"Muy sencillo", replicó Lincoln, "pienso permanecer en él".

Brant House: "Lincoln's Wit").

Al pedir Daniel Pierce Gardner a Lincoln un testimonio de la eficacia de su jabón, el entonces Presidente electo respondió con la siguiente carta:

Springfield, Illinois; Setp. 28, 1860.
Mi estimado señor:

Hemos usado en casa varias muestras de su jabón, y mi señora declara que es excelente. Al mismo tiempo me indicó que yo nunca había prestado suficiente atención al "asunto jabón" para ser juez competente en la materia.

Atentamente,

A. Lincoln.

("The Collected Works of Abraham Lincoln" editada por Roy P. Basler).

Lincoln era de muy alta estatura: medía más de 1.93. Al cumplir 56 años le presentaron un hombre altísimo de Nueva Inglaterra. Cuando el presidente vió al gigante, que era de más de 2.13 metros, se quedó mudo, atónito. Le miró varias veces de pies a cabeza, su famosa sonrisa asomó a su feo rostro, sus ojos brillaron de agrado y dijo: "Amigo, permítame preguntarle si usted se da cuenta cuando se le enfrían los pies".

(James Grant Wilson, "Recollections of Lincoln").

Lincoln era su propio limpiabotas y siguió siéndolo aún en la Casa Blanca. Se dice que un inglés que visitó a Lincoln le encontró en el acto de limpiar las botas y le dijo asombrado: "En Inglaterra, señor, ningún caballero limpia sus propias botas", "¿No?" le preguntó Lincoln, "¿Y de quién son las que limpia?" y continuó cepillando las suyas.

(William Eleazar Barton "The Life of Abraham Lincoln).

Una vez llegó una señora del sur del estado de Tennessee, a pedir al presidente Lincoln que pusiese en libertad a su esposo, preso en una cárcel del norte, Johnson's Island. La señora trataba vehementemente, de convencer al presidente de que su esposo era hombre religioso y debía ser puesto en libertad. Lincoln le respondió: "Usted dice que su esposo es hombre religioso. Cuando lo vea, dígale que yo no pretendo ser gran autoridad en materia de religión, pero que en mi humilde opinión, la religión que hace que los hombres se rebelen y luchen contra su gobierno porque, según creen, ese gobierno no ayuda lo suficiente a ciertos hombres para obtener su pan con el sudor de la frente de otros hombres, no es la clase de religión con que se puede ganar el cielo". Sin embargo, Lincoln ordenó que se pusiera en libertad al preso y luego anotó las palabras que había dicho a la señora con esta observación: "Lo último fue el discurso del presidente, el más corto y el mejor".

(Noah Brooks en "Personal Recollections of Abraham Lincoln").

En una entrevista de Lincoln con Petroleum V. Nasby, en Quincy, Illinois, en 1858, se mencionó el nombre de un político de ese estado cuyos indiscutibles méritos se empa-

ñaban a veces por su gran vanidad. A su entierro asistió infinita cantidad de gente.

Comentando el hecho, dijo Lincoln: "Si el general X hubiera sabido qué clase de entierro iba a tener, se hubiera muerto hace años".

(Allen Thorndike en "Reminiscences of Abraham Lincoln by Distinguished Men of his Time").

Un abogado de Nueva York estaba deseoso de ser nombrado juez federal. "Solamente hay diez jueces" dijo a Lincoln, "para tratar todos los asuntos del estado". "¿Y por eso quiere usted que se aumenten a cien, añadiéndole un **cero?**" se dice que Lincoln replicó.

(Brant House en "Lincoln's Wit").

Una vez un conde austríaco solicitó del Presidente Lincoln un puesto en el ejército. El embajador austríaco presentó el solicitante al presidente, y el conde le explicó que era noble, que su familia era de las más antiguas y eminentes de su país, etc. Lincoln, con los ojos chispeantes de sorna, le dió paternalmente palmaditas en el hombro, como si el conde hubiese confesado algún delito y le dijo: "No se preocupe, lo trataremos con gran consideración **a pesar de todo eso".**

(Francis F. Browne en 'The Every-day Life of Abraham Lincoln).

La siguiente anécdota de Lincoln fue narrada por su Secretario de Estado, Seward:

Lincoln nunca hacía un chiste por el mero placer de hacer chistes; sus cuentos eran, como las antiguas parábolas, lecciones de sabiduría. Permítaseme dar un ejemplo: cuando llegó a Washington se vió abrumado por aspirantes a puestos públicos. Un día Lincoln estaba especialmente preocupado; había como veinte solicitantes de todas partes de la Unión que habían invadido su despacho con paquetes de credenciales y recomendaciones. Después de un rato, Lincoln les habló en estos términos:

"Señores, permítanme contarles un cuento que leí una vez... Cierto rey que siempre seguía los consejos de un ministro... cierto día decidió ir de caza, y después de reunir a sus nobles, llamó al ministro y le preguntó si llovería ese día. El ministro contestó que no, y así el rey y sus nobles partieron de caza. Por el camino encontraron un campesino montado en un asno que les aconsejó que regresaran porque ciertamente iba a llover, pero no le hicieron caso y siguieron su camino... Pronto cayó un gran aguacero y se calaron hasta los huesos.

Al regresar al palacio el rey reprendió severamente a su ministro e hizo llamar al campesino.

"Dígame" le preguntó "¿cómo sabía usted que iba a llover?" "No lo sabía", contestó el campesino, "mi burro me lo indicó". "¿Y cómo se lo indicó?" preguntó el rey. "Alzando las orejas, Majestad", respondió el campesino.

El rey lo despachó, mando por el burro y lo nombró ministro, en lugar del verdadero ministro.

"Así fue como el rey cometió un gran error", concluyó Lincoln. "¿Porqué?" preguntaron sus oyentes con avidez. "Porque desde entonces", contestó Lincoln, "todos los asnos se creen con derecho a ocupar puestos públicos".

(De "Ilustrated Newspaper" del 31 de octubre de 1863 — Frank Leslie).



Matthew Brady sacó esta foto de un tren detenido en el empalme de Hanover, cerca de Gettysburg. La foto ha dado lugar a controversias. Hay quienes sostienen que es el tren que llevaba al presidente al histórico campo de batalla y que el hombre alto, de sombrero de copa, que se ve casi al centro, es el propio Lincoln.

LINCOLN y las Ciencias

Por ROBERT V. BRUCE

El autor es profesor de historia en la Universidad de Boston. Ha escrito entre otros libros "Lincoln and the Tools of War".

CUANDO los dos jóvenes secretarios de Abraham Lincoln le llamaban el "Americano", como lo hacían, a veces, hablando entre sí, acentuaban uno de los atributos principales del buen éxito de Lincoln. Pocos de sus conciudadanos le han igualado en su aptitud para evocar y definir los artículos imperecederos de la fe democrática de su país, como lo hizo en su famoso discurso de Gettysburg. Su gran afición a las historietas populares así como su desdén lugareño por la etiqueta y las clases sociales, su indulgencia y su figura alta y musculosa, parecía encarnar el carácter y los ideales nacionales. Esto era más evidente de lo que parecía a primera vista, tal vez debido a que había nacido en una aldea pequeña. Al igual que sus conciudadanos, le fascinaba la nueva era de la ciencia y la tecnología.

Poseía aptitudes mentales que le habrían ayudado a convertirse en hombre de ciencia o ingeniero. Como abogado, aprovechó su buena memoria, a la vez precisa y tenaz. Su manera de pensar era deliberada y analítica. "Nunca me siento tranquilo cuando me preocupa una idea", dijo en una ocasión, "hasta que logro enlazarla en todos sus sentidos".

Una mente de esta naturaleza era apta para las matemáticas. Su educación fue autodidacta y después de cumplir su período en el Congreso estudió a fondo los seis libros de Euclides. Cuando recorría el circuito judicial de Illinois, sacaba su libro de Euclides y lo estudiaba a la luz de una vela mientras que sus colegas dormían profundamente en el mismo cuarto del hotel. Algunos de los conceptos precisos de Euclides se reflejan en muchas de sus frases más famosas: "Los principios de Jefferson", dijo, "son las definiciones y axiomas de una sociedad libre". Y hasta en su inmortal discurso de Gettysburg usó el término matemático "proposición".

Al igual que sus contemporáneos, Lincoln prefería las ciencias aplicadas a la teoría pura. Es verdad que, como había pasado la mayor parte de su vida en un pueblo solitario de la llanura, no estaba muy al tanto de muchos adelantos tecnológicos. Seis años antes de ocupar la Casa Blanca se instalaron los primeros faroles de gas en la plaza de su pueblo, Springfield. En una ocasión cuando recorría su distrito judicial, asistió a una exhibición científica en una pequeña escuela y después continuó estudiando, a la luz de la lumbre, la máquina eléctrica, la linterna mágica y otros juguetes científicos que había visto antes. Sus colegas no se impresionaron por ello, pues habían estudiado todo eso en sus años escolares. "Sí", dijo Lincoln con tristeza, "más ahora yo tengo una ventaja sobre vosotros, haber visto estas cosas por primera vez en mi vida, cosas que son conocidas de los que tuvieron, lo que yo no tuve, una oportunidad de instruirse mientras eran jóvenes".

Sin embargo, en la década de 1850 la era mecánica se inició en Springfield. Las máquinas de vapor silbaban en las fábricas; la ropa, hecha a máquina, se acumulaba en sus tiendas y las segadoras mecánicas resonaban por las granjas vecinas. Un día, al caminar por una carretera se detuvo para contemplar, fascinado, una segadora automática, la primera que había visto. Su ágil mente trazo, en su imaginación, las complicadas evoluciones de la hoz y del rastrillo y, de pronto, se encontró explicando esto al pequeño grupo de espectadores que le rodeaba. Meses más tarde se detuvo a observar la manera en que trabajaba un joven telegrafista, y le hizo toda clase de preguntas, hasta que entendió el funcionamiento del aparato: la llave, el abrir y cerrar del circuito, el magneto eléctrico. Lo que no podía observar en Springfield, lo estudiaba en "El Anuario de los Descubrimientos Científicos". "He estado buscando un libro como éste durante muchos años" le dijo en una ocasión a su socio, "porque a veces pienso y hago experimentos acerca del mundo físico, que no sé si son verdaderos o falsos. Este libro me ayudará a corregir mis errores y a economizar tiempo y gastos". De esta manera, observando el mundo a su alrededor, haciendo preguntas perspicaces y estudiando asiduamente estos temas, llegó a conocer mejor la nueva era mecánica y científica de lo que el público en general creía.

En todo esto era algo más

que un espectador interesado. Cuando tenía poco más de 20 años, trabajó algunos meses como agrimensor. Estudiando geometría y trigonometría, deslindando fincas y levantando planos de poblaciones con líneas claras y nítidas, y letra cuidadosa llegó a respetar la esmerada exactitud de los ingenieros. Más tarde, al recibirse de abogado, una de sus especialidades eran las patentes de invención y en ello su mente analítica y su afición a la mecánica le fueron de gran utilidad. En su labor profesional en asuntos de ferrocarriles llegó a obtener grandes éxitos, a la vez que una mejor comprensión del efecto de la tecnología en la vida. Por ejemplo, se juzgaba que un puente de ferrocarril sobre el río Misisipí constituía un peligro para la navegación, y era preciso que Lincoln estudiase los principios de la hidráulica. Con sus alegatos el fallo fue favorable y el puente se construyó, los trenes lo cruzaron y el comercio de los llanos y las praderas se dirigió al Norte y no al Sur.

Durante su período en el Congreso Nacional iba con frecuencia al salón de modelos de la Oficina de Patentes, en Washington, y quedó admirado de la variedad de ellos, fruto de la ingeniosidad de sus conciudadanos: la hélice de barco, el torno de torrecilla, la máquina de coser, la prensa rotatoria y centenares de otros inventos. Uno o dos años después, patentó su propia invención consistente en una baliza para mantener a flote las embarcaciones sobre los bancos de arena. A cada lado de éstas se colocaban grandes cámaras plegadizas que se ensanchaban por medio de un ingenioso sistema de cuerdas y poleas que se hundían en el agua, para hacer flotar la embarcación. Sin embargo, Lincoln nunca le prestó atención a su invento y hoy día todo lo que queda de él es un pequeño modelo de madera, en la oficina de patentes, como una prueba material de su idea.

A medida que avanzaba en su carrera política, Lincoln nunca abandonó su interés en la ciencia y la tecnología. En 1859 pronunció un discurso en una feria del estado de Wisconsin en el que esbozó sus ideas acerca del diseño apropiado de un arado de vapor. En el mismo año pronunció una conferencia sobre "Los Descubrimientos y las Invenciones". El público no quedó satisfecho y Lincoln se sintió un tanto humillado por ello. Sin embargo, pocas semanas antes de su muerte, mencionó esta conferencia a un científico amigo de él, Louis Agassiz, y le dijo: "Cuando deje la presidencia, tal vez la perfeccione y se la daré a algún amigo para que la publique". A pesar de su fracaso en la conferencia, fue nombrado árbitro para decidir un punto en discordia en la convención de agrimensores que se reunió en Springfield.

Como presidente, Lincoln manifestó el mismo interés por los inventos mecánicos que había demostrado en la pequeña exhibición de la escuelita en Illinois. Los inventores iban a verlo a la Casa Blanca y centenares de ellos le escribían describiendo sus inventos. Lincoln los recibía siempre con benevolencia y comprensión. Como presidente durante la guerra en que se luchaba por la existencia nacional y por la vindicación de la libertad y la democracia, Lincoln tuvo, necesariamente, que ocuparse de los adelantos en la tecnología militar. En un solar cercano a la Casa Blanca Lincoln probaba los últimos modelos de fusiles de retrocarga. En una ocasión se vió en peligro de muerte en compañía de sus secretarios de Estado y del Tesoro, cuando un cohete experimental explotó cerca de la plataforma en que observaban la maniobra. Asistió a muchas pruebas de nuevos cañones, blindajes, minas, pólvora y otras invenciones de carácter bélico.

En una ocasión se encargó personalmente de un plan secreto para perfeccionar una pólvora en la que se empleaba un compuesto de clorato en lugar de nitrato de potasio, o salitre. Hasta entonces, la Gran Bretaña dominaba el mercado de nitratos, que provenían, en su mayor parte, de la India Británica. En ese entonces Lincoln temía la posibilidad de una guerra con Inglaterra. Después, al surgir varias dificultades técnicas, y cuando se pudo disponer de los nitratos de Chile se dio por terminado el plan.

El presidente Lincoln y Joseph Henry, uno de los hombres de ciencia más distinguidos de su tiempo, tuvieron íntima amistad durante la Guerra Civil. Ambos colaboraron para justificar los nuevos dispositivos para señales nocturnas. Implantaron con éxito la primera fuerza aérea militar en la historia de los Estados Unidos: los globos de observación perfeccionados por Tadeo Lowe, aeronauta de Vermont. Lincoln recibió el primer mensaje telegráfico enviado del globo de Lowe y presenció una ascensión desde la Casa Blanca. Hacia 1862 Lowe tenía ya funcionando siete globos y sus mensajes telegráficos enviados durante las batallas de Fair Oaks y Gaines Mills, fueron de inestimable valor para el ejército de la Unión.

Lincoln estimuló al inventor francés De Villeroi, para construir un submarino. De

Villeroi hizo muchos experimentos con submarinos cuando Julio Verne era todavía un niño en Nantes. Es probable que esto inspirara a Verne para escribir su famoso libro "Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino", en el que figuran el capitán Nemo y su Nautilus.

Otro amigo de Lincoln, Christopher Spencer, de Hartford, Connecticut, fue el inventor de un famoso fusil de repetición. Es probable que en Spencer se inspirara Mark Twain para escribir su libro "Un Yanqui de Connecticut en la Corte del Rey Arturo". Lincoln se entusiasmó tanto con el fusil de Spencer que lo probó varias veces, en el polígono de tiro de la Casa Blanca y asumió la responsabilidad de adaptarlo para uso del ejército de la Unión. El fusil de Spencer ayudó a acortar la duración de la sangrienta guerra de secesión.

Lincoln se entusiasmaba a menudo con algunos inventos impracticables, tales como el cañón centrífugo de vapor, pero la mayoría de los inventos que respaldó el Presidente fueron buenos. Lincoln adoptó el fusil de repetición para el ejército, hizo el primer pedido de ametralladoras, apoyó los inventos de cañones automáticos, lanzadores de llamas, barcos de guerra blindados y otras armas que habrían acortado aún más la terrible guerra civil a no haber sido impedido por los burócratas contumaces del departamento de artillería.

Al examinar todas estas armas nuevas, Lincoln logró comprender muy bien las palabras proféticas del joven Henry Adams, hijo del Ministro de Lincoln en la Gran Bretaña. En 1862 Henry Adams le escribió a su hermano que servía en el ejército de la Unión: "El hombre se ha montado sobre la ciencia y se ha desbocado con ella. Algún día la ciencia dominará la vida del hombre, y la humanidad llegará a suicidarse destruyendo al mundo". Sin embargo, a pesar de que comprendía al joven Adams, Lincoln hubiera preferido esperar, como afirmó la conocida revista "Scientific American" aque mismo año en que "ayudados por los descubrimientos de la ciencia, reduciremos el arte de la guerra a un conflicto infructuoso".

A pesar de que una cruenta guerra interna constituía el principal problema de administración, Lincoln nunca abandonó su interés por la tecnología. En 1862 acordó favorablemente la solicitud de Samuel Morse, inventor del telégrafo, para evitar la dispersión de una magnífica biblioteca científica capturada en Carolina del Sur. En vez de venderla en pública subasta, Lincoln la entregó a Joseph Henry, a la sazón secretario del Instituto Smithsonian, para depositarla en esa institución.

El presidente Lincoln conoció personalmente a hombres famosos tales como Cyrus Field, quien logró establecer el primer cable telegráfico transatlántico y Herman Haupt, uno de los primeros constructores de puentes. Nombró a Christopher Sholes recaudador de aduanas y con ello le ayudó a perfeccionar la primera máquina de escribir. Durante la guerra conoció también al ciudadano estadounidense Laszlo Chandos, quien se había distinguido como químico en Rusia; y en una ocasión paseó por el río Potomac para observar la demostración de un nuevo tipo de luz de arco voltaico, inventado por el inglés John Thomas Way.

Pocas semanas antes de su trágica muerte un periodista del "Scientific American" lo entrevistó en la Casa Blanca, y manifestó: "En medio de todas las preocupaciones el presidente se interesa mucho por nuestros inventores. Como inventor que es y con patentes propias, se da cuenta del valor intrínseco de todas las buenas invenciones, no sólo por lo que atañe al servicio público, sino también por su aplicación a las artes industriales en general, y hace todo lo que puede para estimular y fomentar su progreso, aprobando toda ley que beneficie a los inventores".

Aun cuando la guerra civil había absorbido casi toda su atención y energía por espacio de cuatro años terribles, Lincoln pudo prever la aportación pacífica de la ciencia en el futuro y realizar así su sueño dorado: "el mejoramiento progresivo de las condiciones de vida del hombre por doquiera".

IMPRESO EN EL URUGUAY
Gráficos Unidos S. A.
Fotomecánica F. Ghiga

